Año 1 - Núm. 2 15 Junio 1931

COMUNISMO

Organo teórico de la Oposición Internacional en España

SUMARIO

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción* 1
Los deberes del comunista español, por *León Trotsky* 6
La teoría del stalinismo y la revolución en España, por *Max Shachtmann*..... 9
Por la libertad y la democracia obreras, por *José Loredo Aparicio* 15
Las lecciones de la experiencia histórica, por *Andrés Nin* 18
La crisis del partido español como consecuencia de la crisis de la I. C., por *Juan Andrade*..... 24
El militarismo y la acumulación capitalista, por *Paul Sizoff*..... 29
El XI pleno de la Internacional Comunista, por *Janin*. 36
Documentos de la Oposición:
I Proyecto de tesis sobre la cuestión de las nacionalidades..... 39
II Proyecto de tesis agraria, por *R. Mariner* 41
El movimiento oposicionista internacional .. 49
Nuestro concepto de la disciplina, por *Francisco García Lavid* 51
La Conferencia de Sevilla y la Unidad Sindical, por *Henri Lacroix*..... 54
Notas y comentarios..... 60
Revista de libros..... 62

TIPOGRAFÍA "LA INDUSTRIA" LINARES RIVAS, 11-15.- GIJÓN

Precio: una peseta

Redacción y Administración: Jesús, 2, 3.° ~ OVIEDO

5235

Publicaciones de la Oposición comunista internacional

«BOLETIN DE LA OPOSICION»

Organo de la oposición comunista rusa

Escrito en lèngua rusa

6, rue de Milan, Paris (Francia)

«DER KOMMUNIST»

Organo de la oposición comunista alemana

Wiesenstrasse, 6, Berlín, núm. 20 (Alemania)

«THE MILITANT»

Organo de la oposición comunista norteamérica

25 Third Avenue, Nueva York (Estados Unidos)

«LA VOIX COMMUNISTE»

Organo de la oposición comunista belga

2, Place des 6 bras.-Châtelineau (Belgique)

«DIE KLORKEJT»

Boletín mensual de la oposición judía

45, Boulevard de La Villete, Paris (Francia)

«LA VERITÉ»

Organo semanal de la oposición francesa

45, Boulevard de La Villete, Paris (Francia)

«A LUTA DE CLASSE»

Organo de la oposición brasileña

Riojaneiro (Brasil)

«CLARIDAD»

Organo de la oposición mejicana

84 E. lo St., Nueva York (Estados Unidos)

«LA LUTTE DE CLASSES»

Revista teórica mensual de la oposición comunista internacional

45, Boulevard de la Villete, Paris (Francia)

«PALE TON TAKSÉON»

Organo de la oposición comunista griega

EDITORIALES

DE MES A MES

No tenemos más que motivos para congratularnos del éxito que ha tenido entre los comunistas españoles el primer número de nuestra revista. Han sido numerosos los pedidos de ejemplares que hemos recibido, y las cartas que se nos han enviado invitándonos a seguir por el camino emprendido. Después de estas muestras de adhesión, no es necesario decir que perseveraremos en la misma conducta, a pesar de todos los obstáculos que podamos encontrar, que seguramente no serán pocos. Sin embargo, francamente hemos de declarar que no estamos satisfechos de nuestro primer número, en lo que al contenido se refiere. Debido a los mil inconvenientes que tuvimos que afrontar para publicar la revista, algunos de los artículos resultaban de una actualidad un tanto atrasada y no pudimos dedicar el espacio necesario a los temas palpitantes, Pero con todo y eso, nuestro número pasado puede calificarse de acontecimiento en el movimiento obrero español, donde hasta ahora no se había publicado una revista de la calidad teórica de la nuestra. Creemos que las debilidades del pasado número han sido superadas en éste. Nuestra aspiración es llegar a ofrecer a nuestros lectores la revista de más valor teórico marxista de las publicadas hasta ahora en España. Todo nuestro entusiasmo lo ponemos a contribución de esta labor.

* * *

Por los motivos que anteriormente decimos, no pudimos dedicar en nuestro pasado número ningún comentario acerca del asunto de la venida a España de nuestro querido camarada León Trotsky, es decir, del íntegro revolucionario que no encuentra un visa en el planeta. Este hombre, al que los nuevos equipos de aventureros y burócratas de la Internacional califican todos los días de vendido a la burguesía y de otras lindezas por el estilo, es considerado como un atacado crónico de peste revolucionaria por todos los gobiernos burgueses de todos los paises del mundo. Espontáneamente, sin que nadie le obligase a ello, a los pocos días de tomar posesión de su cargo de ministro de Estado, el Sr. Lerroux manifestó a los periodistas que él estaba dispuesto a acceder a que Trotsky fijase su

residencia en España. Enseguida de tener nosotros conocimiento de estas manifestaciones de Lerroux, enviamos un telegrama a nuestro camarada indicándole que debía solicitar el visa del cónsul español en Estambul. León Trotsky así lo hizo. Y cuando nosotros esperábamos que, de acuerdo con sus primeras palabras, el Sr. Lerroux autorizase el visa, nos encontramos con unas nuevas manifestaciones del ministro de Estado en las que dejaba a la resolución de la Asamblea Constituyente el problema. ¿Qué había sucedido para que tan repentinamente se cambiase de opinión en las altas esferas gubernamentales?. No es difícil descubrirlo. Los gobiernos europeos reaccionarios hicieron las presiones necesarias para que la república española no llevase a cabo la autorización de residencia en España a favor de León Trotsky. Pero no fueron solo estas presiones las que se pusieron a contribución para que el desterrado de Estambul no viniese a España. Por aquellos días habitaba el Hotel Savoy, de Madrid, el representante ruso del Sindicato de Nafta, que ha firmado el acuerdo sobre el petróleo con el gobierno español. Este delegado petrolero ruso fué llamado numerosas veces a conferencia telefónica por la embajada rusa de París, para comunicarle que debía manifestar al gobierno español que Rusia vería con desagrado que se autorizase a Trotsky su residencia en España. Y nuestro hombre anduvo girando visita tras visita a los ministerios para expresar este deseo del gobierno ruso. Después de conocer todo este género de presiones y la poca voluntad que por parte del gobierno republicano había en poner en armonía sus palabras con los hechos, se explica lo sucedido con el visa español a favor de Trotsky. Claro está que esto no impedirá que los stalinianos 100 por 100 sigan repitiéndonos todos los días que el gran compañero de Lenin es un contrarrevolucionario. Y así se escribe la Historia.

* * *

Poco ha necesitado el actual gobierno para desenmascararse ante las clases populares y mostrarse tal como es, es decir, como un instrumento del capital financiero y latifundista español. Poco también ha durado la luna de miel democrática, la diarrea palabrera y demagógica y las promesas verbalistas a las clases explotadas. El fantasma del peligro comunista se ha puesto a la orden del día para engañar a la gente incauta y justificar de esa manera la represión contra la vanguardia proletaria que es el partido comunista. Pero los comunistas no tenemos por qué ocultar nuestras aspiraciones ni nuestros pensamientos. España pasa actualmente por su experiencia democrática, en que la retórica liberal se confunde con el salvajismo represivo. Con la caída de la monarquía se inicia en España la destrucción revolucionaria del Estado capitalista. En

España, al igual que en la Rusia de los zares, se ha venido conservando la envoltura monárquica del Estado hasta la época de la crisis profunda del sistema burgués de la propiedad. Este proceso de quiebra del sistema capitalista de producción puede precipitarlo con su acción constante y enérgica el partido comunista; pero para ello se precisa ante todo que éste esté unificado y que sea históricamente capaz de cumplir con su misión. Esta es la tarea más urgente que tiene planteado el proletariado español en la hora presente. Los dirigentes actuales del partido, que impiden con su sectarismo la formación de un fuerte partido, cometen un verdadero atentado de leso revolucionarismo.

* * *

La misión de efectuar la revolución democrática en España corresponderá al proletariado, apoyado por las masas campesinas y pequeñoburguesas, incapaces, por la situación que ocupan en el régimen económico burgués, de desempeñar un papel histórico independiente y decisivo. Desgraciadamente, la clase obrera española, dividida, desorganizada, carente de un partido comunista poderoso, de cuadros capacitados y de una orientación firme, se encuentra en la trágica situación de no poder aprovecharse de las circunstancias excepcionalmente favorables que se le ofrecen. Esto aplazará por algún tiempo el desenlace inevitable; pero no lo aplazará indefinidamente. La crisis profunda por que atraviesa España no hallará, no puede hallar una solución en el marco del régimen burgués. El proletariado, que en los períodos tormentosos y revolucionarios avanza con prodigiosa rapidez, se irá preparando y capacitando, en el fuego de la lucha, para los combates decisivos, y después de vencer a las fuerzas burguesofeudales coaligadas destruyendo la dictadura, descarada o encubierta, de las minorías explotadoras, instaurará el poder del trabajo y, con él, la verdadera democracia, puesto que será el poder ejercido por la inmensa mayoría de la población. La rapidez de este proceso depende de la medida en que la clase obrera vaya tomando conciencia de la misión histórica que la incumbe y se percate de la necesidad de emanciparse de las ilusiones democraticoburguesas y de actuar en las luchas inminentes, con plena independencia política. Las circunstancias son duras y difíciles; pero las posibilidades, inmensas. Sólo la acción enérgica del proletariado, apoyado por las masas pequeñoburguesas de la ciudad y del campo, puede salvar al país. O la revolución proletaria, y con ella el orden, o un período caótico de convulsiones y de desastre económico; he aquí el dilema que se ofrece a nuestro país.

* * *

Como representante de los intereses revolucionarios del proletariado español, la burguesía hace objeto de una feroz represión al Partido Comunista, y también a la oposición comunista de izquierda como una fracción del partido. Por muy grandes que sean las divergencias que nos separan a la hora actual de la dirección del Partido Comunista, nosotros seguimos considerando a éste como a nuestro propio partido, y cualquier ataque que dirija contra él la burguesía, lo consideramos como un ataque a nosotros mismos. Se persigue con ferocidad inaudita a los miembros del Ejecutivo, se prohibe su Prensa, se les niega la más mínima libertad de propaganda. Ante estas brutalidades burguesas, todos los comunistas debemos ser uno solo para responder con energía. Nuestros camaradas del partido oficial pueden contar con la solidaridad más sincera, moral y material, de todos los adheridos a la oposición comunista española e internacional.

* * *

El Partido Comunista de España se apresta a la batalla electoral para las Cortes Constituyentes. Desde la fundación del partido es la tercera contienda electoral en que intervenimos. Las elecciones municipales del mes de abril, no fueron favorables en sus resultados para el comunismo. Varias causas contribuyeron a ello. En primer lugar, a que las masas, incluso los trabajadores, se hallaban bajo la influencia de la demagogia republicana, y no veían en las elecciones más que el dilema para decidir entre monarquía y república. En segundo lugar, la desastrosa propaganda organizada por el partido y la carencia de solvencia ante las masas trabajadoras de la mayoría de los candidatos. Mucho, y en sentido favorable, han variado las circunstancias de entonces acá. Las masas ya han hecho en parte, su experiencia democrática y socialista. Han visto ya como los jefes socialistas se han entregado de lleno a la burguesía democrática. El partido comunista vuelve a cometer errores que repercutirán seriamente en las propias elecciones. Pero por muchos que sean sus errores y sus equivocaciones, nosotros no podemos por menos de considerar a los candidatos del partido como a nuestros propios candidatos. Aunque sean muchas las censuras que a sus métodos preparativos de las elecciones tenemos que hacer, nosotros, los oposicionistas, trabajaremos con todo entusiasmo la candidatura del partido, candidatura que consideramos nuestra. Todos los oposicionistas trabajaremos en estas elecciones al lado del partido, lo mismo que en el futuro lucharemos también a su lado en batallas de más peligro.

* * *

El comité ejecutivo del partido español, sabe muy bien que para derrotar en Moscú a sus enemigos políticos, es suficiente declararles *trotskystas*. Este es como un estigma infamante para la burocracia staliniana. Con extraordinaria frecuencia vemos en la Prensa comunista internacional artículos en los que se achacan a los «trotskystas» españoles opiniones y actos que nada tienen que ver con nosotros. La Oposición Comunista española hace constar de una vez para siempre que su único órgano de opinión en España es COMUNISMO, y que nuestras opiniones, tanto sobre la política española en general como sobre la del partido, son las expresadas en nuestras tesis y artículos únicamente.

* * *

Al cerrar este número han comenzado las tareas del Congreso nacional de la C. N. T. Desde 1919 no celebraba este gran organismo sindical ninguna asamblea nacional democrática para decidir sobre la orientación e ideologia. Se ha limitado a la celebración de esos célebres plenos, que venían a ser nada más que una prolongación de las conocidas «reuniones de militantes». Pero a estos plenos se les concedían completas atribuciones para hacer y deshacer. Después de los años de dictadura y represión por que han pasado las organizaciones sindicales revolucionarias, la C. N. T. ha logrado reorganizarse en gran parte y se reune en Madrid representando grandes contingentes de la masa trabajadora española. Por algunas declaraciones de sus capitostes libertarios más significados parece deducirse que intentan llevar a cabo medidas violentas contra los comunistas; se intenta, al parecer, excluír a los comunistas significados. Para ello los burócratas del C. E. del P. C. les han dado un magnífico argumento con la Conferencia de Reconstrucción de Sevilla. Si los anarquistas llevan a cabo la excisión en las filas de la Confederación, pues a tal equivale el excluir a los comunistas, cometerán un grave atentado contra los intereses de la clase trabajadora española. Esperemos todavía que esto no se confirme. En nuestro próximo número nos ocuparemos extensamente de los resultados de este gran comicio sindical nacional.

Los deberes del comunista español

1.—La monarquía ha perdido el poder, pero espera reconquistarlo. Las clases poseedoras están todavía firmes en sus posiciones. El bloque de los republicanos y de los socialistas se ha puesto sobre el terreno del derribo republicano, a fin de retener a las masas sobre el terreno de la revolución socialista. No hay que fiarse de las palabras. Son necesarios actos. Primero: detención de los directores más significados del antiguo régimen, confiscación de los bienes de la dinastía y de los de sus servidores más comprometidos. Armamento del proletariado.

2.— El gobierno, apoyándose en los republicanos y socialistas, se esforzará por todos los medios por extender sus bases hacia la derecha, hacia la dirección de la gran burguesía, e intentará capitulaciones con el objeto de neutralizar a la Iglesia. El gobierno es un gobierno de explotadores, creado para protegerse contra los explotados. El proletariado está en oposición irreconciliable con el gobierno de los agentes republicanos «socialistas» de la burguesía.

3.—La participación de los socialistas en el poder significa que los choques violentos entre los obreros y los jefes socialistas irán en aumento. Esto abre grandes posibilidades a la política revolucionaria de frente único. Toda huelga, toda manifestación, toda aproximación de los obreros hacia los soldados, toda tentativa de la masa por la democratización verdadera del país, tropezará en lo sucesivo con la resistencia de los jefes socialistas como hombres «de orden». Es, por lo tanto, más importante para los obreros comunistas el participar en el frente único con los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido, y arrastrarlos con ellos.

4.—Los obreros comunistas constituyen hoy una pequeña minoría en el país. No pueden de una manera inmediata tomar el poder. No pueden actualmente proponerse como tarea práctica la caída violenta del gobierno republicano-socialista. Toda tentativa en este sentido sería una aventura catastrófica. Es necesario que las masas de obreros, soldados y campesinos atraviesen la etapa de las ilusiones republicanas socialistas, a fin de que se libren de ellas lo más radical y definitivamente posible. Es necesario no limitarse a hacer frases, mirar los hechos con los ojos muy abiertos; preparar decididamente la segunda revolución, la revolución proletaria.

5.—La tarea de los comunistas en el período actual consiste en ganar la mayoría de los obreros, la mayoría de los soldados, la mayoría de los campesinos. ¿Qué es necesario hacer para esto? Hacer agitación, educar los cuadros, «explicar pacientemente» (Lenin), organizar. Todo esto sobre la experiencia de las masas y de la participación activa de los comunistas en esta experiencia: política amplia y audaz de frente único.

6.—Los comunistas no establecerán, con el bloque republicano-socialista o con los partidos de éste, ningún acuerdo que pueda restringir o debilitar de un modo directo o indirecto la libertad de crítica y de agitación comunistas. Por todas partes, y sin tardar, los comunistas explicarán a las masas populares que en la lucha contra todas las variedades de la contrarrevolución monárquica, estarán en la primera fila, pero que para esta lucha ninguna alianza es necesaria con los republicanos y los

socialistas, cuya política está inevitablemente fundada en concesiones a la reacción, e intentará cubrir las intrigas de ésta.

7.—Los comunistas lanzan las consignas democráticas más radicales: libertad completa de las organizaciones proletarias, libertad de auto determinación local, elección por el pueblo de todos los funcionarios, concesión del voto a los hombres y mujeres desde los 18 años, etc., creación de una milicia obrera, y después de una milicia campesina. Confiscación de todos los bienes de la dinastía y de los bienes de la Iglesia en favor del pueblo, en primer lugar en favor de los obreros sin trabajo, de los campesinos pobres y por la mejora de la situación de los soldados. Separación completa de la Iglesia y el Estado. Concesión de todos los derechos civiles y libertades políticas a los soldados. Elección de los oficiales en el ejército. El soldado no es un verdugo del pueblo ni un mercenario armado de los ricos, sino un ciudadano revolucionario hermano de sangre del obrero y del campesino.

8.—La consigna central del proletariado es la del «soviet obrero». Esta consigna debe ser anunciada, popularizada constante e incansablemente y en la primera ocasión que se presente debe llevarla a cabo. El soviet obrero no significa la lucha inmediata por el poder. Esta es, indudablemente, la perspectiva; pero a la cual la masa no puede llegar más que por el camino de su propia experiencia y con ayuda del trabajo de clarificación de los comunistas. El soviet obrero significa hoy la reagrupación de las fuerzas dispersas del proletariado, la lucha por la unidad de la clase obrera, por su autonomía. El soviet obrero se ocupa del socorro de huelga, alimentación de los parados, ligazón con los soldados, a fin de prevenir encuentros sangrientos entre ellos, ligazón entre la ciudad y el campo, a fin de asegurar la alianza de los obreros con los campesinos pobres. El soviet obrero incorpora a representantes de los regimientos. Es así, así solamente, como el soviet se convertirá en el órgano de la insurrección proletaria y más tarde en el órgano del poder.

9.—Los comunistas deben elaborar inmediatamente un programa agrario revolucionario. La base de éste debe ser la confiscación de las tierras de las clases privilegiadas y ricas, de los explotadores, comenzando por la dinastía y la Iglesia, en favor de los campesinos y de los soldados. Este programa debe ser concretamente adaptado a las diferentes partes del país. En toda provincia que tenga particularidades económicas e históricas propias, es necesario inmediatamente una comisión para la elaboración concreta del programa agrario, en relación estrecha con los campesinos revolucionarios de la localidad. Es necesario saber oir la voz de los campesinos, a fin de formularla de un modo claro y preciso.

10.—Los socialistas llamados de izquierda invitarán a los comunistas a formar un bloque e incluso la unificación de las organizaciones. A esto deben responder los comunistas: «Estamos dispuestos, en interés de la clase obrera y por la solución de tareas concretas determinadas, a trabajar unidos de la mano con todo grupo y toda organización proletaria. Con este motivo proponemos precisamente la formación de soviets. Representantes obreros, pertenecientes a diferentes partidos, discutirán en estos soviets todas las cuestiones actuales y todas las tareas inmediatas. El soviet obrero es la forma más natural, más abierta, más honrada y más sana de la alianza para un trabajo común. En el soviet nosotros, los comunistas, propondremos nuestras consignas y nuestras soluciones, y nos esforzaremos por convencer a los obreros de la justeza de nuestra posición. Todo obrero debe gozar en el seno del soviet obrero de una entera libertad de crítica. En la lucha por las tareas prácticas propuestas por el soviet, nosotros, los comunistas, estaremos siempre en primera fila.» He aquí la

forma de colaboración que los comunistas proponen fraternalmente a los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido.

Asegurando la unidad en sus propias filas, los comunistas ganarán la confianza del proletariado y de la gran mayoría de los campesinos pobres, en su mano armada tomarán el poder y abrirán la era de la revolución socialista.

L. TROTSKY.

Kadikei, 5 de Mayo de 1931.

Cuando ya estaba en prensa este número, hemos recibido una carta de nuestro querido camarada León Trotsky anunciándonos el envío de un nuevo trabajo que ha escrito en Estambul acerca de la revolución española. Este trabajo es un complemento y continuación del interesante folleto, ya conocido por nuestros lectores, titulado «La revolución española y las tareas de los comunistas».

Nuestro querido camarada Andrés Nin ha comenzado ya la traducción al español de dicho trabajo, y nosotros esperamos publicarlo en español en forma de folleto a la mayor brevedad.

Con este folleto inaugura la Oposición comunista española sus publicaciones. Pueden ya hacerse pedidos de ejemplares a la dirección de COMUNISMO, Jesús, 2, 3.°, Oviedo.

La teoría del stalinismo y la revolución en España

Uno de los signos distintivos más precisos del filisteo en el movimiento revolucionario es su desprecio por las teorías que le contradicen. Y no existe especie más peligrosa del filtiseo que la que oculta este desprecio bajo la delgada corteza de un vulgar «practicismo». Todo aquel que grita: «Si, si, la teoría está muy bien, pero es necesario ser práctico», arrastrará siempre a los obreros al pantano oportunista. En cuanto al marxista, para quien la palabra «práctico» tiene un sentido infinitamente más serio, siempre ha de guiarse por esta apreciación de Lenin: «Sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria».

Uno de los tipos más perfeccionados de las «gentes prácticas» es Stalin. A su imagen, se ha creado toda una escuela que impregna y envenena la vida del movimiento comunista oficial del presente. No fué por casualidad que Stalin calificara la más importante discusión teórica, de la que surgió el bolchevismo en su lucha contra el menchevismo y otras tendencias pequeñoburguesas, de «tempestad en un vaso de agua» (1911). Y en fin, es característico de Stalin y de su escuela que, en el curso de su lucha contra los bolchevikis-leninistas (oposición), en el partido, califiquen siempre a estos últimos de «emigrados» (aludiendo especialmente a Trotsky, desde luego, pero que por la misma razón atañe ¡a Lenin!), por oposición a las «gentes prácticas» que, como Stalin, habían quedado en Rusia entre las dos primeras revoluciones trabajando a domicilio, en tanto que los demás «teorizaban» en el extranjero.

Esta actitud está en la verdadera naturaleza de la tendencia que Stalin personifica, el centrismo, que, no teniendo base teórica propia, trata de establecer una con los despojos que recoge en el campo del puro oportunismo del ala derecha y en los principios marxistas del ala izquierda, mezclándolo todo en una masa ecléctica sin forma.

La concepción nacional socialista

El eclecticismo de la fracción staliniana en el mundo entero está expresado claramente en la combinación de la teoría del socia-

lismo en un solo país con el internacionalismo mecánico, sin vida, burocrático, que se ha infiltrado en todos los partidos de la I. C. Que el centrismo se afine tan tenazmente a la «teoría» del nacional socialismo no contradice en nada nuestra afirmación de que está impregnado de un profundo desprecio por la teoría marxista. La concepción nacional socialista de Stalin-Bujarin surgió y alcanzó las posiciones dominantes en el movimiento comunista únicamente a consecuencia del retraso de la revolución mundial, consecutivo al período de reacción que siguió a las derrotas proletarias de 1923-1924, es decir, como una reacción contra las perspectivas revolucionarias que se derivan de una apreciación marxista de nuestra época.

Desde hace siete años la Oposición de izquierda viene llevando a cabo una lucha intransigente contra esta concepción. Todo aquel que conozca los elementos del marxismo no puede defenderla. Por tal causa, la «defensa» de la versión oficial staliniana del socialismo nacional comienza y termina en el partido comunista con la supresión sumarísima de todos los que se oponen a la misma. Oficiosamente, tal «teoría» se «defiende» del modo siguiente: «Verdad es que como teoria no responde a un punto de vista marxista, pero en cambio da a la clase obrera rusa una perspectiva práctica hacia la cual dirigirse».

A este cinismo vergonzoso que pretende hacer creer, que en el peor de los casos, la idea no puede engendrar grandes males, la Oposición responde: «Las ideas no caen de las nubes, sino que están determinadas por los hechos y las condiciones. La idea de que la sociedad socialista sin clase puede ser edificada en los límites de un solo país (particularmente en una Rusia agraria), por muy a cubierto que esté contra la intervención militar, ha tenido ya consecuencias históricas gigantescas. De esta idea ha nacido no solamente la alianza con «antiintervencionistas» como Purcelle y C.ª y con combatientes «antiimperialistas» como Chang-Kai-Chek, sino algo todavía mucho más grave. El movimiento comunista internacional se ha transformado de un instrumento activo de la ofensiva de la clase obrera en un sistema de guardafrontera para la U. R. S. S., de una organización de la revolución mundial en una organización de defensa pacifista».

Los años recientes de la historia revolucionaria nos han dado, desgraciadamente, más de un ejemplo de esta transformación humillante. Hoy, la actitud oficial de la burocracia staliniana frente a los acontecimientos revolucionarios de España constituye una buena prueba de las consecuencias reaccionarias de la teoría del socialismo en un solo país.

¿Dónde reside la incomparable significación revolucionaria de

los acontecimientos de España? En pocas palabras, en ésto: bajo la apariencia de una victoria de los republicanos sobre los monárquicos se oculta la amenaza de la revolución permanente contra ambos, es decir, del proletariado marchando hacia el poder a la cabeza de las masas populares. Con un partido comunista resuelto en España, impregnado de la audacia que inspiró a Lenin, Trotsky y los bolchevikis rusos en 1917, los Kerenski y los Tchernov en España pueden ser barridos estableciendo en su lugar el régimen de los soviets revolucionarios. Una revolución proletaria victoriosa en España, que no es un absurdo más que a los ojos de los que consideraban absurda la victoria bolcheviki en la primera mitad de 1917, sería no solamente un socorro inapreciable para la Unión Soviética, sino que además daría un poderoso impulso a la revolución proletaria internacional, sobre todo en Europa. Desde este punto de vista, los acontecimientos de España deben inspirar los mayores entusiasmos entre los revolucionarios que consideren el hoy no como la continuación del ayer, sino como la preparación del mañana.

Verdad es que el advenimiento proletario ha sido retardado en España por el régimen burocrático, la ignorancia y la negligencia reales del stalinismo. Los Molotov, que descubren las situaciones revolucionarias allá donde no existen; que declaraban, hace más de dos años, que «Francia había entrado con los dos pies en una era de grandes acontecimientos revolucionarios», son, naturalmente, sorprendidos *en la higuera* por los acontecimientos revolucionarios cuando surgen, efectivamente, y no en la imaginación de los burócratas. Los mismos Molotov, Kussinen, Manuilsky y demás sombras de Stalin se conducen con tan brillante comprensión de la estrategia y con tan soberbio despliegue de sus cualidades de dirección que cuando sobreviene una situación revolucionaria encadenan el partido comunista al campo del enemigo (a Chang-Kai-Chek, en China; a Purcell, en Inglaterra; a Pilsudsky, en Polonia) o se conducen de tal manera que el partidocomuni sta oficial no está de ningún modo preparado para desempeñar un papel decisivo en la situación (acontecimientos de Julio de 1927 en Viena y al presente en España).

Una situación revolucionaria magnífica en España... ¡y un partido comunista insignificante! Esta es la recompensa staliniana por la prolongada tolerancia de la Internacional Comunista hacia el centrismo. Sin embargo, las murallas edificadas por el stalinismo no son inaccesibles ni mucho menos. En el calor de la lucha revolucionaria se puede forjar un partido comunista con una rapidez particular.

¿En qué medida, en qué sentido la burocracia directora es

responsable de esta situación? Podemos dar una respuesta provisional a esta pregunta. En ella se expresa el miserable sentido reaccionario de la teoría del socialismo en un solo país. Las «gentes prácticas» se presentan ahora en escena vacilantes en sus perspectivas para los acontecimientos revolucionarios de España, ya que ellos (los acontecimientos) podrían estropear los planes de su utopía socialista nacionalmente limitada! Se ha notado ya cómo la prensa comunista oficial de nuestro país *(El Daily Worker)* ha concedido menos atención a los acontecimientos de España que a una reunión local de los llamados Amigos de la Unión Soviética.

Pero veamos ahora como los organismos de Stalin en la U. R. S. S. juzgan a la España actual.

Stalin sobre España

La primera noticia digna de confianza enviada de Moscú por Walter Duranty *(New York Times* del 17 abril 1931) da la luminosa información siguiente:

«*Los primeros comentarios soviéticos a los acontecimientos de España han aparecido hoy en el editorial del diario* Pravda, *pero el órgano del P. C. R. no parece alegrarse mucho de las perspectivas de la lucha revolucionaria que, claramente se nota, seguirán a la caída de Alfonso...*

«*El inesperado tono pesimista de la* Pravda, *que refleja mejor que las* Izvestia *la opinión del Kremlin, se explica quizá por la ansiedad soviética de ver los acontecimientos españoles turbar la paz europea durante el período crítico actual del plan quinquenal.*

«*Con razón o sin ella, se cree que la paz en Europa está literalmente sujeta de un hilo, que la acumulación de armamentos y de los odios nacionales es más grande que lo fué antes de la guerra, lo cual hace la situación tan peligrosa como en la primavera de 1914, y que la erupción española podría fácilmente provocar una conflagración general*».

En otros términos: los intereses de la construcción socialista en la U. R. S. S. son directamente opuestos a los intereses de la revolución mundial, y en lugar de producir regocijo la ruptura del equilibrio capitalista se tiene un tímido miedo a las convulsiones sociales que acompañan a la lucha proletaria por el poder. Tan extraño punto de vista aparece más crudo por el despacho de Duranty al día siguiente (18 abril 1931):

«*La actitud de los Soviets frente a los acontecimientos españoles es muy interesante y tiene un sentido altamente revelador. Desde hace tiempo se pensaba, tanto aquí como en el resto del mundo, que la situación de la monarquía española era precaria.*

«Para conocedores tan probados en ciencia revolucionaria como los bolchevikis era inevitable que cada día que pasara sin proclamarse la república—que lógicamente debiera haber sido proclamada seis meses antes—produciría un reforzamiento de la revolución hasta lograr una extensión tal que conduciría finalmente a una explosión más peligrosa.

«Sin embargo, parece ser, por extraña paradoja, que Moscú no está muy satisfecho de esta circunstancia, y de hecho es necesario decir que si la revolución española «evoluciona a izquierda», como Moscú supone, Moscú estaría más triste que alegre. Se esperaba, como es natural, que la Pravda *saludara con entusiasmo la posibilidad de una lucha del proletariado español por el poder y haría apelación al pueblo español para sostener y animar a sus camaradas españoles.*

A pesar de todo, la primera reaccion de la Pravda *ha sido un melancólico editorial, como un petardo mojado. En primer lugar porque la U. R. S. S. es excesivamente susceptible, quizá por error nervioso, en lo que concierne a los peligros de guerra, y «ve con alarma» toda tentativa, o lo que sea, que pueda romper el «statu quo» europeo («sic»!). La ansiedad soviética es exagerada, pero resulta muy natural, si se piensa que el país está en la posicion de un jinete que vadea un torrente en el momento en que un huracán amenaza desmontarle.*

«Además hoy la política del Kremlin se apoya en el éxito de la construccion socialista en Rusia más que en la revolucion mundial. A los bolchevikis no les gusta mucho reconocer esto, pero es un hecho y una consecuencia del precedente conflicto del Kremlin con León Trotsky, que declaraba que la existencia de un verdadero estado socialista rodeado de un mundo capitalista es imposible.

«El Kremlin desterró a Trotsky y se esforzó en probar la falta de razon de este último, concentrando todo el esfuerzo soviético en el desarrollo económico por el plan quinquenal. Estas dos razones explican el embarazo de la Pravda».

Difícilmente se podría hallar una explicación más franca. La diferencia entre la concepción del socialismo en un solo país y el internacionalismo revolucionario no se marca solamente en la teoría, sino también en la práctica. Aplicada a los acontecimientos españoles conduce a los claros resultados siguientes: para el stalinismo, la primera concepción se expresa concretamente en el sostenimiento del progreso del socialismo en un país *contra* los progresos revolucionarios en los demás países, en una degeneración pacifista del Comunismo. Para el ala marxista del movimiento (oposición de izquierda), el reforzamiento del sector socialista en el país

donde el proletariado tiene las riendas del poder no es solamente esencial «en sí mismo», sino que, además es, sobre todo, *inespa-rable* del avance de la revolución en los demás países de los cuales depende.

Respuesta a una objección

No nos queda más que salir al paso—esto no es difícil—a una «objección» que es tácil preveer. Incapaces de refutar directamente estos argumentos, nuestros centristas se refugiaron tras una declaración afirmando que las citas hechas pertenecen a Duranty, un corresponsal burgués en el *New York Times*, que es un periódico burgués. Esta objecciám no vale nada y además no es sino pura hipocresía, ya que nuestros contradictores saben mejor que nosotros qué valor es necesario conceder a los despachos de Duranty, Quien haya estado en la U. R. S. S. y conozca el mecanismo del aparato staliniano, especialmente su sistema de información, sabe que Duranty ocupa uno de los peldaños más elevados de la escalera de servicio del Kremlin. Basta haber leído sus despachos diarios durante los últimos años para saber que reproduce fielmente la política del P. C. R. en las cuestiones interiores e internacionales del punto de vista de la fracción Stalin.

En los círculos superiores, por lo menos del P. C. americano, está considerado tácitamente como el auténtico portavoz del régimen dirigente. Estudiando fielmente sus despachos, los líderes del partido forman su opinión sobre las noticias políticas y sobre los nuevos vientos que soplan en la U. R. S. S., cbrando en consecuencia de tal opinión, completamente de acuerdo con las noticias que enseguida se reciben por conducto oficial y que reproducen esencialmente las apreciaciones de Duranty.

Se puede preveer que los plumíferos de la prensa del partido adoptarán una postura cómica de indignación y de virtud porque nos servimos de Duranty como de un auténtico representante de Stalin. Esta actitud resultará particularmente ridícula para quien conozca íntimamente el trabajo de redacción del *Daily Worker* y de la *Freiheit*. Fuera de dos o tres líneas recibidas de tarde en tarde por el «cable fnprecorr», las noticias rusas corrientes de los dos diarios del partido están compuestas exclusivamente de malas repeticiones de la copia de Duranty. El director la recorta inmediatamente y se la trasmite a un ganapán para que la reproduzca como si se tratara de la obra «de un corresponsal especial del *Daily Worker*».

Esperamos que esta contestación anticipada nos dispensará de asistir a una nueva *pose* de virtud ultrajada de los tartufos periodísticos del partido.—MAX SHACHTMAN.

Por la libertad y la democracia obreras

Dos características de gran importancia pueden observarse en el movimiento obrero español: su incultura teórica, que se traduce en incapacidad objetiva revolucionaria, y su gran valor subjetivo para la lucha. Mientras el proletariado inglés, por ejemplo, a pesar de haber tenido en su seno al mismo Marx, fué siempre incapaz para constituirse en potente partido político de lucha de clases o agruparse en sindicatos decididamente revolucionarios, el proletariado español, que vivió en la más completa indigencia ideológica desde sus orígenes, ha demostrado, docenas de veces, ser el más decidido y arrojado en la lucha abierta contra el régimen burgués. A pesar de su marcado conservadurismo ¿cuántas páginas heróicas no han escrito los obreros afiliados en la U. G. T.? ¿Y qué organismo sindical nacional ha dispuesto de la fuerza revolucionaria de que dispuso, y dispone, la Confederación Nacional del Trabajo? Pero la incapacidad intelectual crónica de este segundo organismo ha sido causa de que, teniendo como tuvo algún día en sus manos el porvenir del proletariado español, no supiera qué hacer del mismo, y de que siendo hoy el organismo sindical más apto para recoger la corriente tumultuosa del obrerismo activo y luchador, no sea capaz de encauzarla hacia sus fines de clase, de un modo orgánico y eficaz.

Cuando en ningún país del mundo se tiene ya en cuenta el anarquismo— si honrado y heróico, completamente estéril— de los años de la pre-guerra, en España ese anarquismo continúa ejerciendo su influencia sobre el sindicalismo revolucionario que une en gracioso maridaje la absoluta libertad ácrata con la férrea y autoritaria disciplina soreliana.

Creemos que el anarquismo puro, el que de sutil apenas se diferencia ya del más fino liberalismo doctrinal, se filtra directamente sobre el movimiento sindical, que reclama independencia teórica de las escuelas libertarias, pero que acepta sus postulados anti-políticos, anti-comunistas y de finalismo libertario *con caracter inmediato,* sin perjuicio de actuar de hecho en política, de sostener reivindicaciones aisladas netamente comunistas y de practicar la más franca dictadura, no ya sobre los patronos, lo que sería muy perdonable, sino sobre los mismos obreros.

Prueba patente de este lamentable confusionismo es el manifiesto que la C. N. T. repartió con profusión las pasadas semanas, dirigido «Al proletariado y *a los ciudadanos* españoles». (Subrayamos nosotros). El mero hecho de dirigirse, con motivo de la proclamación de la República, al proletariado y a los ciudadanos españoles, ¿no es actuar decididamente en política? ¿O es que la C. N. T. cree que acudir a unas elecciones constituye un pecado mortal, y opinar políticamente sobre el suceso político más importante de nuestros días sólo es pecado venial, sobre todo si se encubre el pecadillo dividiendo a los españoles en proletarios y ciudadanos, en vez de llamarlos proletarios y burgueses? ¡Antes parecerse a unos republicanos cualesquiera que ser sospechosos de contagios comunistas!

Claro que pretendiendo opinar para proletarios y para ciudadanos no se opina para unos ni para otros. Así ese manifiesto lo ha entendido cada cual como le convino: para éstos, adhesión a la República, incondicional; para los otros, guerra a muerte a la burguesía... hasta el advenimiento del comunismo libertario. Y lo más gracioso, el reconocimiento pleno de que «el triunfo republicano se debe en mucho a la actitud de esta central sindicalista revolucionaria», de que «había que acabar, fuera como fuese, con la monarquía...» O sea, que el problema político español era superior al problema social, que había que liquidar aquél primero antes de resolver o ponerse a resolver el segundo. Nada de particular tiene que la C. N. T. ignorara que la monarquía española era la última supervivencia de un régimen social feudal, hundido en otros países, particularmente en Rusia, en los abismos del pasado, y que, por lo tanto, su desaparición fuera un problema de urgente solución para la burguesía industrial y financiera, e incluso para la pequeña burguesía, no para el proletariado, que bajo la República tiene que continuar la batalla de su propia emancipación. Lo absurdo es que después de tan categóricas afirmaciones de caracter político se siga sosteniendo la tésis anti-política, aunque sea disfrazada de antiparlamentarismo, porque ello equivale, en realidad, a contribuir a que las masas, *que siempre, en todas partes y ocasiones* han intervenido en la lucha electoral, se desvíen o sigan a los partidos burgueses, republicanos o reformistas, cual ocurrió en las últimas elecciones. La consecuencia de tan lamentable conducta es que el obrero, sugestionado por sus líderes sindicalistas, vota primero a los consecuentes discípulos de D. Melquiades Alvarez que a los camaradas de trabajo que ostentan el limpio apelativo de comunistas.

Si la C. N. T. ha de tomar posiciones firmes ante los problemas de la estructuración jurídica del Estado español (¡cómo se casará esto con el apoliticismo libertario!), imponiéndose desde las organizaciones sindicales, cuando no desde la calle (¡violencia, dictadura se llama a esto, y si no fuera así que venga dios y lo vea!), con más de las muchas cosas que dice el Manifiesto, la C. N. T., por mucho que afirme lo contrario y aunque ella no lo crea, o no se entere, se transforma en Partido político, todo lo libertario o sindical que se quiera, pero ¡¡político!!, y para tal viaje no hacían falta alforjas. Ahí están, para tal unión, los reformistas, los republicanos, los socialistas, e incluso nosotros, que por ahora parecemos ser la bestia negra de la C. N. T., a juzgar por lo mucho que nos combate—¡y no de muy *libertaria* manera que digamos!—a sabiendas de que los comunistas, con todos *sus* o *nuestros* defectos, no nos quedamos detrás de nadie en la lucha contra el enemigo.

Es una de las paradojas de la vida que los que más se reclaman de una idea son los que en realidad viven más en pugna con ella. Tal es la nota común a todos los sectarismos. Y como el sectarismo es en el fondo (aparte los casos individuales de deficiencia fisiológica) incultura—cuatro ideas simples en cerebros poco cultivados—, uno de los más serios problemas del movimiento obrero español es librarse del sectarismo procurando la formación teórica de los militantes, a fin de dotarse de una fuerza revolucionaria directora sin la cual no hay posibilidad de movimiento revolucionario, aunque se tenga la suerte de agrupar en un solo organismo político o sindical a la totalidad del proletariado de un solo país. Es esta labor tan necesaria y urgente, que sin acometerla no hay ninguna posibilidad de realizaciones prácticas. Masas obreras dotadas de gran espíritu de lucha, guiados por líderes teóricamente impreparados, son meras fuerzas ciegas. Y la falta de preparación teórica se traduce, decimos, en sectarismo senil e intransigente: negación de la democracia en el seno del movimiento obrero, lucha personal y violenta contra el que no piense «igual que pienso yo», imposición del más fanático y no del más inteligente, etc., etc.

En la hora actual, al partido socialista no le importa más que defender las posiciones burocráticas que generosamente le regalaron los radicales burgue-

ses; el partido comunista oficial es una especie de iglesia con su Papa y sus concilios, donde no se entra sin el preciso examen de doctrina y del que se sale excomulgado a la menor discrepancia teológica; y la C. N. T.. la sección obrera de más capacidad subjetiva revolucionaria, está sumida en la más completa confusión ideológica, de lo que es magnífica muestra ese desdichado manifiesto que comentamos; y todos coinciden en declararse coto cerrado para no influír los unos en los otros, y para que no se nos oiga a los que pretendemos analizar objetivamente las circunstancias en que vive la nación española con el objeto de deducir las normas de lucha a seguir en el momento inmediato. Contra ese cerrilismo fanático y egoista nosotros protestamos, llamando a la conciencia de las masas obreras que piden la más amplia libertad de discusión y la más absoluta democracia en el régimen de partidos y sindicatos, sin que les importen críticas más o menos aceradas con tal que sean justas. Exigimos el derecho a combatir todos los errores y todas las desviaciones porque ello es necesario para el libre desenvolvimiento de la organización obrera. Confundir esta libertad de crítica con la unidad política o sindical es demostrar la más ayuna miopía. No debe confundirse la uniformidad con la unidad, porque lo primero es la muerte y lo segundo la vida palpitante. Nuestros jefes legales prefieren la uniformidad de las huestes bajo su mediocre mando, a la unidad proletaria, que es el agrupamiento total contra el enemigo común en coincidencia de intereses y con variedad de opiniones.

Por encima de todos esos organismos nacionales, nosotros, los oposicionistas españoles, haciéndonos portavoz del sentir de las masas arrastradas en la rápida marcha de nuestra historia a la arena de la política militante, pedimos plena libertad en el seno de las organizaciones obreras para discutir democráticamente sobre los problemas teóricos y las cuestiones prácticas del momento y para luchar democráticamente por las normas de doctrina y de acción que estimamos de justicia implantar en precisión de los futuros acontecimientos con que hemos de enfrentarnos.

José Loredo Aparicio

Las lecciones de la experiencia histórica (1)

La historia nos ofrece tres ejemplos característicos cuyas lecciones debe aprovechar la clase obrera: la revolución francesa de 1848, la revolución rusa y la revolución china.

a) *La experiencia de la revolución francesa de 1848.*

La revolución francesa de 1848 es una de las más aleccionadoras por los puntos de contacto que, en sus rasgos fundamentales, tiene con la española. El levantamiento de 1848 tuvo su origen inicial en una cuestión aparentemente secundaria: la reforma electoral. Pero el proletariado, que llevó la lucha a las barricadas, le dió un carácter profundamente revolucionario, obligando a la burguesía a proclamar la República y a dar a ésta un matiz, ya que no un contenido, social. En Francia como aquí, la caída de la monarquía y la proclamación de la República suscitó inmensas ilusiones democráticas entre las masas. Lamartine decía que la revolución del 48 había puesto término al equívoco del antagonismo entre las clases, y que en lo sucesivo todos los franceses se fundirían en una gran democracia cuyo común denominador sería la fraternidad («Fraternité»). En realidad, la revolución de febrero de 1848 señaló el coronamiento de la dominación burguesa.

El Gobierno provisional de 1848 tiene, por su origen y composición, muchos puntos de contacto con el Gobierno provisional de la II República española. La analogía en este sentido no puede ser más sorprendente. Claro está que nos referimos a sus características fundamentales, sin que con ello queramos decir que la coincidencia sea absoluta. Han pasado desde entonces muchos años y las circunstancias históricas no son absolutamente las mismas. En aquel entonces, por ejemplo, en Francia no había aún un gran proletariado industrial y el problema de las nacionalidades, que desempeña aquí un papel tan importante, no estaba planteado en el país vecino. Esta última circunstancia ha hecho que surgieran en España dos gobiernos, el del poder central, representante típico de la gran burguesía, y el gobierno de la Generalidad de Cataluña, representante típico de la pequeña burguesía radical. Aquí como en Francia tienen una participación considerable en el gobierno los representantes de esa pequeña burguesía, y así, si en el Gobierno provisional de 1848 había socialistas a la violeta tales como Luis Blanc y Albert, hay, entre los gobernantes de nuestra República, socialistas del mismo carácter tales como Serra y Moret y Fernando de los Ríos. Para que la analogía histórica sea aún más evidente hagamos notar que si el Gobierno provisional de 1848 tenía a un poeta, Lamartine, la República actual tiene a un Ventura Gassol, del cual se puede decir, como decía Marx refiriéndose a aquél, que es la revolución misma, con sus ilusiones y sus frases. Bien es verdad que hay también en el gobierno socialistas de otro tipo, para los cuales los aconteci-

---

(1) Capítulo entresacado del folleto «El proletariado ante la revolución española», de publicación reciente.

mientos de los últimos años,—la guerra, las revoluciones rusa y alemana, la experiencia de la colaboración de clases—no han pasado en vano. Esos socialistas—he nombrado a Prieto y Largo Caballero—no están llamados a desempeñar el papel que correspondió en el pasado a los socialistas sentimentales a lo Luis Blanc, sino el que han desempeñado los perros de presa de la burguesía tales como Noske en Alemania.

En 1848 el proletariado, que luchó heróicamente en las barricadas, en vez de atacar de frente al régimen burgués, se convirtió en un simple apéndice de la pequeña burguesía radical. El resultado de esta política fué la sangrienta derrota del mes de junio, que cimentó la dominación burguesa, aplastó al proletariado por largos años y preparó el golpe de Estado de Napoleón III. El instrumento de esa reacción fué un general republicano, Cavaignac. Estos acontecimientos señalaron el desastre de la ideología pequeño burguesa. Es esta una lección que la clase trabajadora de nuestro país debe tener muy en cuenta. Desgraciadamente, en estos últimos años, el proletariodo español, dirigido por los anarcosindicalistas y los socialistas, no ha tenido una política de clase independiente y se ha limitado a hacer servilmente el juego a la izquierda radical burguesa. Si nuestro proletariado no se apresura a librarse de la influencia de esta última y adoptar una política propia será aplastada irremisiblemente por la burguesía, y las jornadas apoteósicas del mes de abril serán seguidas inexorablemente, en un porvenir más o menos próximo, de unas jornadas de junio, para las cuales no faltará un Cavaignac, más o menos republicano.

Como esta cuestión tiene una importancia fundamental para el porvenir de la revolución española pediremos perdón al lector por nuestra insistencia.

La política pequeño burguesa, por radical que aparezca exteriormente, no puede conducir más que a la derrota del proletariado. Es esta una consecuencia directa de la situación que dicha clase ocupa en el sistema económico capitalista. Karl Marx, que ha publicado magníficos estudios sobre la revolución francesa de 1848 y la restauración napoleónica («La lucha de clases en Francia» y «El XVIII Brumario de Luis Bonaparte»), dice a propósito de la pequeña burguesía radical francesa: «Reclama instituciones republicanas democráticas no para suprimir los dos extremos, el capital y el asalariado, sino para atenuar el antagonismo de los mismos y transformarlo en armonía. Sea cual sea la diversidad de los medios propuestos para conseguir este fin, y a pesar del carácter más o menos revolucionario de las ideas que se unen al mismo, el fondo sigue siendo idéntico: se trata de transformar la sociedad apoyándose en la democracia, pero sin ir más allá de los límites de la pequeña burguesía. No hay que imaginarse, dejándose llevar por una idea estrecha, que la pequeña burguesía quisiera, en principio, hacer prevalecer un interés egoista de clase. Se imaginaba, por el contrario, que las condiciones particulares de su emancipación son las condiciones generales únicas susceptibles de salvar a la sociedad moderna y de evitar la lucha de clases. No hay que imaginarse tampoco que los representantes demócratas sean todos unos tenderos. Su cultura y su situación individual pueden alejarlos de éstos considerablemente. Lo que hace de ellos los representantes de los pequeños burgueses es que no pueden sobrepasar en teoría los límites que éstos no pueden sobrepasar en la práctica y que, teóricamente, se ven empujados a los mismos problemas y a las mismas soluciones que el interés material y la situación social imponen prácticamente a los segundos. Tal es, por otra parte, la relación que existe ordinariamente entre una clase y sus representantes políticos y literarios.

Hemos insistido particularmente sobre el papel de la pequeña burguesía radical en los grandes acontecimientos políticos precisamente porque esta clase social desempeña un gran papel en la vida política de nuestro país. En

Cataluña muy principalmente, el Gobierno de la Generalidad tiene un carácter netamente pequeño-burgués. Y ya en sus primeros pasos ha puesto de manifiesto la indecisión, las vacilaciones características de esa clase social. Los hombres dirigentes de la República en Cataluña han prodigado las frases revolucionarias y demagógicas. En vísperas de las elecciones municipales de abril, los oradores de la Izquierda Republicana, capitaneada por el Sr. Maciá llevaban a cabo una agitación casi comunista, con lo cual, dicho sea de paso, consiguieron incluso atraerse a una gran parte de la clase trabajadora. Pero como sucede siempre con la pequeña burguesía, todo esto no ha pasado de fraseología pura y la acción, desde el Gobierno de la Generalidad, no ha correspondido ni mucho menos al tono amenazador y violento de las declaraciones públicas. Y es que, citando nuevamente unas frases lapidarias de Marx, que parecen escritas para nuestra situación, «las amenazas revolucionarias de los pequeños burgueses y de sus representantes demócratas no persiguen otro fin que intimidar a los adversarios. Y cuando han emprendido un camino sin salida y se han comprometido suficientemente para verse obligados a la ejecución de sus amenazas, recurren al equívoco, esquivan ante todo los medios de realización y buscan pretextos para la derrota.

b) *La experiencia de la revolución rusa.*

Otra de las experiencias que el proletariado no debe olvidar es la revolución rusa.

Entre la situación de Rusia en vísperas de la revolución y la de España hay una analogía de una evidencia sorprendente. Rusia como España era un país de estructura semi feudal. En Rusia, como en España, la creación del Estado unificado y centralizado precedió al desarrollo del capitalismo, y la unidad obtenida fué una unidad absoluta y despótica, caracterizada por la más irritante desigualdad nacional. En Rusia como en España el poder había sido monopolizado por la clase de los terratenientes, y allí como aquí no se había realizado la revolución burguesa característica de los grandes países capitalistas. Finalmente, en Rusia como aquí la burguesía era débil, substancialmente regresiva e incapaz de resolver radicalmente los problemas fundamentales de la revolución democrático burguesa: el de la tierra, el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, el de las nacionalidades, el de la renovación del aparato burocrático-administrativo. Y sin embargo, cuando en febrero de 1917 se derrumbó la monarquía secular de los Romanov, por la acción de las masas obreras y campesinas, fué esa misma burguesía regresiva, que temía la revolución, la que tomó el poder precisamente para decapitar a esta última. En este sentido hay también una analogía fundamental con la situación española. En cambio, la diferencia esencial consiste en el hecho de que la hegemonía del movimiento la había ejercido el proletariado, el cual contaba, por otra parte, con los soviets, organismos revolucionarios insustituíbles. Esto hizo que desde el primer momento se estableciera una especie de poder dual: el del Gobierno provisional y el de los soviets. Como resultado de ello nació un gobierno de coalición, del cual entraron a formar parte representantes de los partidos que en aquel entonces predominaban en los soviets: los socialistas-revolucionarios y los mencheviques. Es, sobre todo, la experiencia de la política de estos partidos eminentemente pequeño-burgueses, sobre todo del primero, que la clase trabajadora de nuestro país, debe utilizar.

Los mencheviques y los socialistas revolucionarios creían en la posibilidad de un régimen político democrático, representante de los intereses de toda la población, que resolvería por la vía parlamentaria los problemas fundamentales que la revolución rusa tenía planteados. La experiencia demostró lo utópico de esta concepción. Un gobierno en el cual estaban representados la gran burguesía industrial y la gran propiedad agraria, ligados con el imperialismo de la *Entente*, no podía dar satisfacción a las dos aspi-

raciones fundamentales de las masas: la paz y la tierra. Desde el poder no se podía practicar más que una política en defensa de los intereses de las clases privilegiadas o una política netamente proletaria, la única que, por otra parte, podía llevar a cabo la revolución democrático burguesa. El gobierno de coalición servía la primera de estas políticas; solo el derrumbamiento de dicho gobierno y la instauración de la dictadura del proletariado podía llevar a cabo la segunda. Esto es lo que esforzaron en demostrar los bolcheviques a las masas obreras y campesinas del país, las cuales acabaron por persuadirse, en la práctica, de que la única solución viable y eficaz era la bolchevista.

Durante los ocho meses que estuvo en el poder el Gobierno provisional no se resolvió ninguno de los problemas esenciales de la revolución democrático burguesa. La fuerza armada del nuevo régimen fué mandada contra los campesinos que habían intentado expropiar a los terratenientes. En la cuestión nacional el Gobierno provisional siguió la misma política absorbente y asimilista del zarismo. Al frente del ejército continuaron los mismos hombres de ayer y el aparato burocrático administrativo quedó en las manos de los elementos del antiguo régimen.

Los grandes partidos pequeño burgueses fueron el juguete de los grandes propietarios e industriales, y las masas, hipnotizadas antes por la propaganda demagógica de esos partidos, acabaron por volverles la espalda cuando vieron que ninguna de sus aspiraciones eran satisfechas. El resultado de la política de los s. r. y los mencheviques fué en Rusia la tentativa contrarrevolucionaria del general Kornílov. Esta tentativa fracasó porque esos partidos pequeño burgueses habían perdido gran terreno entre las masas y el partido bolchevique había conseguido ya ejercer una influencia considerable sobre las mismas. De no ser así, y de no existir por añadidura organizaciones tales como los soviets, es muy probable que Kornílov habría barrido el Gobierno provisional y restablecido la autocracia. La lección es tanto más útil para España cuanto, desgraciadamente, la clase trabajadora no cuenta en la actualidad ni con organizaciones de masas tales como los soviets, ni con un potente partido comunista. Esto aumenta el peligro de un golpe de Estado reaccionario.

Es evidente que la aparición de Kornilov y su tentativa contrarrevolucionaria no hubieran sido posibles sin la existencia de esa política de la pequeña burguesía radical, que demostró una vez más su impotencia. Los representantes de esos partidos, cuando los bolcheviques anunciaban la posibilidad del peligro contestaban: «Si viene un Cavaignac lucharemos todos juntos». En contestación a esto Lenin publicó un artículo magnífico, que puede ser clasificado de clásico. Se titulaba dicho artículo «Cuál es el origen social de los Cavaignac», y sus enseñanzas son tan preciosas para la clase trabajadora en general y para el proletariado español en particular que no vacilamos en reproducir una gran parte del mismo, seguros de que el lector nos perdonará la extensión del extracto.

«Recordemos el papel de clase de Cavaignac--decía Lenin--. En febrero de 1848 es derrotada la monarquía en Francia. Los republicanos burgueses están en el poder. Como nuestros k. d. (*) quieren el «orden», considerando como tal la restauración y la consolidación de los instrumentos monárquicos de opresión de las masas: la policía, el ejército permanente, la burocracia privilegiada. Como nuestros k. d., quieren poner término a la revolución, odiando al proletariado revolucionario que en aquel entonces tenía aspiraciones «sociales» (esto es socialistas) muy indefinidas. Como nuestros k. d. se mostraban impasablemente hostiles a la política de transportar la revolución francesa a toda Europa, a la política de convertir a aquella en revolución

(*) O constitucionales-demócratas, partido liberal.

proletaria internacional. Como nuestros k. d. utilizaban hábilmente el «socialismo» pequeño burgués de Luis Blanc, a quien tomaban como ministro, convirtiéndolo de jefe de los obreros socialistas, que quería ser él, en un apéndice de la burguesía.

«Tales fueron los intereses de clase, la posición y la política de la casta dominante.

«Otra fuerza social fundamental era la pequeña burguesía, vacilante, asustada por el espectro rojo y que se dejaba influenciar por los gritos contra los «anarquistas». En sus aspiraciones a un socialismo soñador y verbal, la pequeña burguesía temía confiar la dirección de la revolución al proletariado revolucionario, no comprendiendo que este temor les condenaba a depositar la confianza en la burguesía. Pues en una sociedad de lucha de clases encarnizada entre la burguesía y el proletariado, sobre todo con la exacerbación inevitable de esta lucha por la revolución, *no puede* haber una línea «media». La posición de clase y las aspiraciones de la pequeña burguesía consisten en substancia en querer lo imposible, en aspirar a lo imposible, esto es, precisamente a esa «línea media».

«La tercera fuerza de clase decisiva era el proletariado, el cual aspiraba no a la «conciliación» con la burguesía, sino a la victoria sobre la misma, al desarrollo audaz de la revolución y, por añadidura, en el terreno internacional.

«He aquí la base histórica objetiva que engendró a Cavaignac. Las vacilaciones de la pequeña burguesía la «eliminaron» del papel de participante activo, y aprovechando su temor a prestar confianza a los proletarios, el k. d. francés general Cavaignac desarmó a los obreros de París y los ametralló.

«La revolución se terminó con esta matanza histórica; la pequeña burguesía, numéricamente predominante, era y seguía siendo un apéndice político impotente de la burguesía, y tres años más tarde se restauraba nuevamente en Francia la monarquía cesarista en una forma particularmente ignominiosa»... «No es que Tseretelli o Chernov personalmente, e incluso Kerenski, estén llamados a desempeñar el papel de Cavaignac; para esto se encontrarán otros hombres que en el momento oportuno dirán a los Luis Blanc rusos: «Marchaos», pero los Tseretelli y los Chernov son los jefes de una política pequeño-burguesa que hace posible y necesaria la aparición de los Cavaignac.

«¡Cuando venga el verdadero Cavaignac, estaremos con vosotros!—¡magnífica promesa, espléndido propósito! lástima únicamente que ponga de manifiesto la incomprensión de la lucha de clases, típica para la pequeña burguesía sentimental y temerosa. Pues Cavaignac no es una casualidad; su «advenimiento no es un hecho aislado; Cavaignac es el representante de una clase (la burguesía contrarrevolucionaria), es el realizador de su política. Y es precisar a esa clase, a esa política que sostenéis ya ahora, señores s. r. y mencheviques. A esa clase y a su política dais, apesar de tener en este momento la mayoría evidente del país, el predominio en el gobierno, esto es, una base magnífica para su actuación».

Y Lenin termina esta página insustituíble con la siguiente conclusión:

«Verbalmente Luis Blanc se hallaba lejos de Cavaignac como el cielo de la tierra. Luis Blanc había hecho asimismo infinitas veces la promesa de luchar junto con los obreros revolucionarios contra los contrarrevolucionarios burgueses. Y al mismo tiempo no habrá ningún historiador marxista, ningún socialista, que dude que fueron precisamente la debilidad, las vacilaciones, la confianza en la burguesía por parte de Luis Blanc que engendraron a Cavaignac y le aseguraron el éxito».

Nada se puede añadir a estas palabras definitivas. El lector no tiene más que aplicarlas a nuestra realidad concreta y sacar de ella las consecuencias prácticas necesarias.

c) *La experiencia de la revolución china.*

La última experiencia histórica sobre la cual queremos fiijar la atención del lector, aunque no sea más que someramente, es la de la revolución china.

China, bajo el pretexto de la necesidad de la lucha contra el enemigo común, el imperialismo, el proletariado infeudó sus destinos al Kuomintang, partido eminentemente burgués. La burguesía pudo reforzar así sus posiciones y debilitar las de su enemigo de clase, lo cual le permitió aplastar la revolución popular en el momento oportuno. Durante los años de gran impulso del movimiento revolucionario—1925-1927—la burguesía nacionalista, con el fin de atraerse a las masas trabajadoras y garantizar mejor el éxito del golpe que preparaba contra las mismas, empleaba un lenguaje extremadamente demagógico, no vacilando en declarar su solidaridad completa con la revolución rusa y aún con la III Internacional. A pesar de las advertencias de algunos elementos clarividentes de la Internacional Comunista, muy principalmente de la Oposición de Izquierda acaudillada por el compañero Trotski, los comunistas chinos practicaron una política de colaboración con el Kuomintang cuya característica esencial fué la pérdida de toda independencia política por parte del proletariado revolucionario y la subordinación del mismo a los intereses de la burguesía nacional. Los resultados de esta política no pudieron ser más funestos: el general Chang-Kai Schek, ensalzado por los propios comunistas como el caudillo de la revolución, aprovechó el momento de la entrada de las tropas del sur en Shangai para dar un golpe de Estado y emprender una represión feroz contra el proletariado. Sin embargo, esta experiencia no fué aprovechada. El partido comunista, de acuerdo con las orientaciones de la Internacional, en vez de reaccionar inmediatamente, aprovechándose del impulso que tenía el movimiento revolucionario, para crear soviets y emprender la lucha contra la burguesía, prestó su apoyo decidido a los elementos de la pequeña burguesía radical que formaban la izquierda del Kuomintang y que constituyeron un gobierno en Wuhan. Las advertencias de la Oposición Comunista de Izquierda, esta vez tampoco fueron escuchadas. El resultado no se hizo esperar. Los demócratas de izquierda acaudillados por Van-Tsin-Vei—grupo político cuya ideología es de una analogía sorprendente con la nuestra extrema izquierda burguesa—no fueron más que un juguete en manos de la gran burguesía: bien pronto el ejemplo de Shangai fué seguido por Wuhan y se inició esa terrible represión contra el movimiento revolucionario chino que ha costado torrentes de sangre a los obreros y campesinos de aquél país.

De estos tres ejemplos que he citado, el proletariado de todos los países debe sacar las lecciones debidas. Estas experiencias demuestran que la burguesía no persigue más que un fin: consolidar, por todos los medios, su dominación de clase, que la pequeña bnrguesía de izquierda a pesar de su fraseología radical se convierte en el instrumento de los intereses de aquella y, finalmente, que el proletariado, al dejarse influenciar por la izquierda democrática, o lo que es peor, al infeudar sus destinos a la misma, se condena a la propia derrota. Las consecuencias prácticas que de ello debe sacar el proletariado son: no dejarse hipnotizar por la ficción democrática; luchar por la verdadera revolución democrática, lo cual implica la lucha contra la burguesía; sostener una política netamente proletaria, sin concomitancia alguna con la pequeña burguesía radical.

ANDRES NIN.

La crisis del partido español como consecuencia de la crisis de la I. C.

Ante la situación profundamente revolucionaria que atraviesa España, cuando más necesaria se hace la existencia de un partido comunista que represente los intereses revolucionarios del proletariado, nos encontramos con que el comunismo español atraviesa la más honda de las crisis interiores conocidas desde 1920. Esta crisis es tanto más grave porque no se trata meramente de una crisis de formación, sino que la crisis es fundamentalmente un reflejo de la política de errores y aventurerismo que desde 1924 sigue la Internacional Comunista. No hay posibilidad de abordar seriamente los problemas relacionados con el partido si no se tiene en cuenta el proceso político del organismo internacional, del cual, en última instancia, la sección española no es más que una ejecutora de su política. Ingenuidad o simplismo político se llama el procedimiento que siguen algunos camaradas de localizar los hechos en torno a la figura de dos o tres militantes, que por otra parte no son más que un producto del curso staliniano de la Internacional Comunista, y en no ver todos los aspectos internacionales que tiene la crisis que observamos en España. Sin embargo, esto tampoco quiere decir que debamos limitarnos a enfrentarnos con el problema internacional sin señalar las peculiaridades que la crisis de la Internacional presenta en nuestro país. El análisis de ciertos aspectos, el nacional y el internacional, es el que verdaderamente puede conducirnos a aclarar los orígenes, causas y consecuencias de la actual crisis española.

El partido comunista español se formó en medio de circunstancias particularísimas del movimiento obrero general; circunstancias que determinaron el retraso de su formación y las crisis posteriores. Por una parte, en el seno del viejo partido socialista no había existido ni la más mínima tradición teórica; por otro lado, nos encontrábamos con que cuando el sindicalismo revolucionario había fracasado en sus pruebas en todos los países, en España se hallaba, por una contradicción histórica, en su pleno esplendor. Estos dos hechos daban lugar a dos consecuencias: a una lentitud de la educación marxista del partido, y a una gran dificultad para atraer hacia el partido a las masas obreras, demasiado ilusionadas con los éxitos esporádicos y relumbrantes del anarcosindicalismo.

Los partidos comunistas se han formado en todos los países a través de las minorías de oposición revolucionaria que existieron antes, durante y después de la guerra en el seno de los partidos social demócratas. Estas minorías mantenían ya dentro de los partidos, de manera más o menos acertada, los principios del marxismo revolucionario. Constituían núcleos de afinidad marxista revolucionaria dentro de la social democracia. Batallaban diariamente contra la oligarquía reformista, y se esforzaban por dar una interpretación coherente marxista a la política del partido. Cuando surgieron los partidos comunistas, es decir, cuando surgió la escisión dentro de los partidos socialdemócratas, los nuevos partidos comunistas que surgieron de esta separación se encontraron con un estado mayor teóricamente capacitado a consecuencia de las luchas desarrolladas en el seno del viejo partido. La constitución en estos países del partido comunista fué la derivación lógica de toda una actuación contra el reformismo oficial.

No puede de ninguna manera decirse que este fuera el caso de España. País de menos tradición marxista, incluso en el sentido equívoco que los socialdemócratas daban a la palabra, no ha existido en Europa. El «pablismo», única definición específica que puede darse a lo que en España ha pasado por socialismo, era una mezcla de obrerismo reformista a secas y de democratismo pequeñoburgués. La divulgación de los trabajos de Lafargue realizada por los viejos socialistas era en el fondo solo la necesidad de dar un barniz teórico a su política. Los grandes problemas planteados en la social democracia europea, no encontraban eco en las filas del socialismo español. Este se hallaba políticamente aislado del mundo.

En medio de esta especie de socialismo doméstico, de este obrerismo sin contenido teórico, no surgieron los grupos marxistas revolucionarios que en otros países libraban batalla contra la política oficial en el seno de los partidos. Sólo durante la guerra se dibujó algo esta tendencia en el movimiento pacifista, pero no internacionalista, del cual era intérprete la Juventud Socialista de Madrid, partidaria de la Conferencia de Zimmervald. Pero la escasez de fundamento teórico de esta tendencia hacía que su posición fuera el eco de un sentimiento humanitario de sus adheridos y no la consecuencia lógica de una comprensión clasista del problema. Indica esto la misma derivación política que los grupos zimervaldianos tuvieron en otros países y la que tuvieron aquí. En los demás países fueron el núcleo director de los partidos comunistas; en España se disolvieron como azucarillo en el vaso de agua y no fueron capaces de encauzar la corriente partidaria de la Tercera Internacional.

Faltos de este desenvolvimiento preliminar en el seno del viejo partido, los integrantes del partido comunista se encontraron sin esa experiencia teórica y práctica que a modo de bagaje revolucionario llevaron los militantes de otros países al seno de los nuevos partidos. La interpretación revolucionaria del marxismo que la I. C. representaba, fué como la aparición ante sus ojos de un nuevo mundo. De aquí surgió aquel horror fatal hacia las veintiuna condiciones, que solo en último caso se aceptaron por un movimiento sentimental de fervor a la Revolución rusa. No podía formarse del día a la mañana una nueva concepción revolucionaria; pesaba mucho el pasado y, además, era una grave cuestión improvisarlo todo. Este núcleo, es decir, el procedente del partido socialista, después de varios años de permanencia en él y de no haberse librado del lastre de la educación «pablista», fué el grupo director de más personalidad dentro del partido comunista.

A este núcleo fundamental vinieron a unirse otros dos en el seno de la sección española de la I. C. Uno, el de los que se habían iniciado en la actividad política después de la Revolución rusa y que habían deglutido apresuradamente la interpretación leninista del marxismo, sin la menor experiencia política ni organizativa; otro, el de los procedentes del anarcosindicalismo, que traían al partido los prejuicios libertarios. El primero de estos dos últimos grupos estaba representado por los que fundamos el partido comunista español. Gente joven, sin experiencia ni sindical ni política, tendíamos a dogmatizar y hacia el sectarismo. Nuestra palabra no hallaba eco más que en camaradas de nuestra misma condición.

De estos elementos tan dispares nació el partido comunista español unificado, en el mes de septiembre de 1921. Hay que advertir que, al localizar el análisis en España, no olvidamos que de elementos de procedencias similares se han nutrido todas las secciones de la I. C. Pero la diferencia esencial que trato de establecer consiste en que, mientras en los demás países se encontraban con un núcleo director (el procedente del viejo partido), en España no sucedió lo mismo. Esto contribuyó en gran parte a las crisis que ha atravesado el partido desde 1924.

Otro factor vino a agregarse, factor que hemos insinuado en las primeras líneas de este artículo. Cuando en todos los países se había evidenciado a la luz de los acontecimientos la insuficiencia política del sindicalismo revolucionario, en España éste se encontraba en pleno delirio de triunfos, consecuencia del retraso conque el movimiento capitalista y proletario se han desenvuelto en nuestro país siempre. La demagogia apolítica del anarcosindicalismo había prendido en las masas españolas. Cuando después de la guerra el papel predominante de los partidos comunistas se había evidenciado en toda su necesidad, los dirigentes anarcosindicalistas españoles pregonaban a los cuatro vientos como suprema panacea la organización sindical con carácter «apolítico». El primer partido comunista español surgió en pleno apogeo del anarcosindicalismo, el cual dejaba sentir su influencia hasta en el propio seno del partido. Se tropezaba con la inmensa dificultad de hacer comprender a las masas, influenciadas por el cretinismo «apolítico», la importancia y necesidad del partido disciplinado del proletariado. Debido a esto en gran parte, el desarrollo del partido ha sido lento hasta estos últimos tiempos, en que ya se ha hecho la experiencia sindicalista y se ha visto su insuficiencia.

Formado en estas circunstancias y con indivíduos de tan diferente educación política, era natural que en el interior del partido se exteriorizasen estas contradicciones. De una manera más o menos práctica, constantemente, hasta el año 1924, la sección española vivió en permanente crisis. Pero entendámonos bien; al referirme a crisis me refiero a las naturales en el proceso normal del desenvolvimiento de un partido, a las planteadas en el terreno de la honradez política, y no en el campo de Agramante de la concupiscencia, del arrivismo y del aventurerismo. Dos de estos grupos directores, el procedente del viejo partido y el de los nuevos militantes, se enfrentaban principalmente en Madrid y en el seno del Comité central. El grupo de procedencia sindicalista, actuando unas veces como fracción del partido y otras desde fuera, pero queriendo influenciar y ganar su dirección, desarrollaba su actividad frente a estas dos tendencias manifestadas en Madrid y en el Comité central. A este grupo se agregaba, por necesidades de estrategia circunstancial, el núcleo bullejista de Bilbao, que reaccionaba así contra los ataques que a su política aventurerista, política que ha terminado por vencer y prevalecer en el partido, dirigían las dos fracciones del Comité central, compenetradas en reconocer la necesidad de acabar con la mala política llevada a cabo en Bilbao.

Sería interesante, pero nos falta espacio para ello, analizar como se obstaculizó e impidió la unificación nacional del partido español, contando para esto incluso con el apoyo de Moscú y con sus fondos. Por encima de la suprema autoridad del Comité central actuaban otros indivíduos investidos de la autoridad de Moscú y que, aparte de realizar una política plenamente personalista, es decir, de conveniencia personal, obstaculizaban de una manera más o menos consciente el desarrollo del partido en Cataluña. Como sería igualmente interesante también explicar todo el fondo oscuro, rematadamente oscuro de la política de los líderes comunistas supremos de Bilbao. Y haciendo esto se vería cómo la evolución del decadentista Perez Solís, sus manejos, sus alianzas con capitalistas y clérigos, eran sospechadas por el Comité central, y como eran Bullejos y su grupo los que le defendían y rodeaban de prestigio, para escudar en su personalidad su sucio complot para obtener el mando supremo del partido.

Al nombrarse el nuevo Comité central a principios de 1923, comité integrado por las dos fracciones fundamentales del partido, eran importantísimas las tareas que tenía ante sí el organismo director. Había que cohesionar el partido, darle una organización de que carecía. Hacia esto se dirigieron los

primeros pasos. El ritmo de esta labor no fué todo lo acelerado que las circunstancias imponían, porque persistían las divergencias entre los miembros del Comité central y porque todavía no había desaparecido del todo el espíritu de fracción. Sin embargo, sobre los problemas relacionados con el sometimiento a la disciplina del otro grupo hostil a ella, había una plena coincidencia basada en la compresión de las necesidades de la unificación del movimiento comunista en España. Claro está que esta coincidencia no era completa en cuanto a la interpretación de los motivos existentes para ello; pero la coincidencia era completa en cuanto a la necesidad de fortalecer el partido y de someter a su disciplina a todos los que se reclamaban de sus principios. E igualmente existía coincidencia, aunque también por diferentes motivos de interpretación, en la precisión de acabar resueltamente con la política de aventurerismo que llevaba a cabo en Bilbao el actual lider del partido, José Bullejos.

En la realización de este trabajo nos sorprendió el golpe de Estado de septiembre de 1923. Ante este acontecimiento, el Comité central adoptó la política que correspondía a las circunstancias y a la fuerza numérica e influencia de los efectivos comunistas. Nada de una táctica pasiva; pero sí una táctica en consonancia con las posibilidades materiales del partido. Ninguna aventura putchista; pero sí afrontar seriamente la organización ilegal del partido para la actuación. Nada de gestos suicidas; pero sí un trabajo tenaz y eficaz contra la dictadura. Contención consciente del infantilismo extremista, y actuación revolucionaria práctica de todos los días y de todas las horas.

Pero he aquí como al llegar a esto, y a pesar de que hay excelentes camaradas que siguen la política del avestruz no queriendo ver que el curso del partido español es un reflejo de la política de la Internacional comunista, es forzoso referirnos a nuestro organismo internacional. En el año 1924, después ya de la muerte de Lenin, comienza en la Internacional comunista la etapa de aventuras. Levantaban cabeza los Pepper, los Manuilsky, los Kuusinen, etc., etc. La Internacional comunista entra en este año de lleno en la política que condujo después al golpe de mano de Estonia, al putch de Cantón y Sofía, y a tantos otros acontecimientos que han tenido consecuencias desastrosas para el movimiento comunista mundial. El entonces jefe de turno de la Internacional, Sinoviev, definía la situación de Europa en la siguiente forma: «No hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de pacifismo, una apariencia de pacificación... Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos...» Y consecuencia de esta afirmación fué la política aventurera de ultraizquierda a que se lanzó la Internacional comunista.

Era Doriot por aquel entonces el brazo derecho de Sinoviev. Doriot hizo en aquella época el célebre descubrimiento de que Abd-el-Krim era el caudillo, investido de poder casi divino, del movimiento de las masas explotadas del Rif. Así nos lo presentaba diariamente «L'Humanité», en artículos que si ahora se reprodujesen producirían sonrojo por la enormidad de estupideces acumuladas en ellos. Poco tiempo después la prensa comunista estaba también llena de ditirambos para Chang Kai Chek, que es ya hace años el verdugo de la clase trabajadora china. Por interés del partido francés se quiso imponer en España una política de agitación marroquí que no estaba al alcance de la potencia del partido. Era una táctica aventurera desenfrenada, consecuencia del curso ultraizquierdista y aventurero de la Internacional comunista.

Así surgió la más profunda de las crisis del partido español, crisis de la que no ha salido todavía. La Internacional comunista demandaba del partido la realización de un plan de trabajo inmediato, plan imposible de llevar a cabo porque no estaba en proporción con la importancia organizativa y

numérica de la sección española. Una dirección con noción de la responsabilidad no podía aceptar aquello. El Comité central estuvo unánime en reconocer lo disparatado de la propuesta, y convocó a una conferencia nacional del partido para expone ante ella su actitud, creyendo, un poco ingenuamente, que la conferencia nacional suscribiría su punto de vista. El fervor hacia la revolución rusa y el acatamiento a las tácticas imperantes en la Internacional comunista eran tan completas que no nos permitieron ver entonces, a algunos no se lo han permitido ver todavía, que aquel golpe de mano (golpe de mano del que fueron intérpretes tres indivíduos alejados hoy completamente del movimiento comunista: Eduardo Ugarte, Martin Zalacain y Daniel Martin), no era sólo el producto de las maquinaciones de un grupo de trepadores comunistas, sino reflejo y consecuencia del curso aventurerista de nuestro organismo mundial.

La falta política cometida por aquel Comité central fué enorme al rendir los cargos sin librar apenas batalla por los puntos de vista que consideraba justos. Entregó la dirección del partido a un grupo sin control alguno, sumiso a las órdenes de Moscú, sin responsabilidad de sus actos y que desarrollaba una política catastrófica y suicida. Aquel plan de trabajo cuya realización se nos pedía, no era en el fondo más que un aspecto anticipado, y quizás a manera de ensayo, de los «putchs» organizados posteriormente y de esas célebres jornadas de lucha internacional que tantos trastornos han traído a los partidos. El Comité central dejó paso a las huestes españolas del sinovientismo, precursoras del actual stalinismo. Pero con ser grave la falta cometida por el Comité central en su conjunto, fué mayor la cometida por mí, que entonces representaba en su seno la oposición de Madrid. Políticamente la vacilación y el titubeo son los errores más graves. Y estos errores los cometí con exceso en aquella ocasión.

Un marxista revolucionario consciente no podía estar conforme, de ninguna manera, con los argumentos que la mayoría del Comite central exponía como justificación política para la negativa a la realización del plan expuesto por Moscú. La crítica de aquél programa de trabajo había que hacerla no desde un plano reformista, como la mayoría del Comité central, sino desde el punto de vista de la eficacia revolucionaria. Partiendo de distintas premisas llegamos a un mismo punto de vista. La exageración de la argumentación reformista empleada en la polémica con la nueva dirección del partido, hizo que en el último momento yo me separase, no abiertamente, sino con vacilaciones y tanteos, de la mayoría del Comité central, para hacer ciertas concesiones al núcleo de aventureros que desde entonces dirigen la sección española de la I. C. Huyendo de su base política reformista, no concedí valor a la honestidad personal y política de su conducta, sobre todo cuando del otro lado no se daba ni la justeza teórica en la actuación, ni la honestidad personal y política en la conducta. No supe o no tuve energías suficientes para mantener con resolución una postura política justa, que no podía consistir más que en estar equidistante de uno y otro grupo. Durante bastante tiempo me había esforzado por dar vigor a esta tendencia intermedia, sin lograr el éxito completo. El cansancio del esfuerzo y el temor a despertar personalismos, me rindió en el último momento. Pero no es necesario insistir sobre esto, que pertenece a una historia más detallada del proceso de formación del partido, historia que quizás algún día se escriba.

Algunos cambios y fluctuaciones sufrió todavía el Comité central salido del pleno de 1924. Estos cambios consistieron meramente en eliminar de su lado a los que no daban pruebas diarias de suficiente espíritu de aventura. Este artículo es ya demasiado extenso y dejaremos para el próximo número el estudio del desenvolvimiento del partido después de esta crisis de 1924, hasta la fecha.—JUAN ANDRADE.

El militarismo y la acumulación capitalista

(Continuación)

pero es un instrumento demasiado caro y pesado, por lo que desempeña un papel especial que vamos a indicar.

Hay producción de militarismo en cuanto en la sociedad aparecen en contacto dos superficies antagónicas, lo mismo que el fuego surge del choque entre dos pedernales. Hay antagonismo entre proletarios y capitalistas; entre compradores y vendedores de la fuerza de trabajo. Para mantener la ventaja a los primeros, el Estado, que es su emanación, utiliza en caso necesario la fuerza militar, que esta sea militar en el sentido corriente o policiaca. Que la clase obrera luche por disminuír la explotación de su trabajo, contra la racionalización, que cese la producción y se niegue enérgicamente a pactar compromisos, entonces interviene el militarismo, quebranta su resistencia, para permitir de nuevo la reproducción capitalista y superar los obstáculos que nacen de la estructura social de esta reproducción.

Hay antagonismo entre capitalistas o productores no capitalistas, entre compradores y vendedores de plus-valía. El capital para ensanchar sus mercados empieza por arrancar las huellas de economía natural primitiva que subsisten en las poblaciones atrasadas. Por medio de la violencia acaba con su economía mercantil o la hace apta para ingurgitar sus productos.

Así la guerra del opio (1852) abre la China a las mercancías británicas. Pero el capital no se contenta con crear el medio que necesita para acumular, dada la necesidad en que se encuentra de extenderse para mantener la tasa de provecho remunerador, sino que destruye con sus propias manos la economía mercantil privada que le es indispensable y la transforma en economía mercantil capitalista. Expropia con la garra de los empréstitos y la violencia armada a los campesinos y artesanos para mudarlos en propietarios. De compradores de la plus-valía que eran, pasan a ser compradores del capital variable, disminuyendo así las posibilidades de acumulación sobre la superficie del globo. El militarismo preside a todas estas transformaciones, aplastando a las masas proletarias y campesinas insurrectas a través de Asia, Africa, Indochina, etc...

que los pueblos prefieran una vida primitiva a la civilización burguesa; que los campesinos cojan las armas contra sus explotadores usureros o financieros, el machete militarista les recordará la necesidad de seguir el ritmo invasor del capital.

Hay antagonismo incluso en el seno de la clase capitalista entre los diferentes grupos burgueses que se disputan y arrancan los mercados y los depósitos de materias primas, y esto requiere armamentos y «capital Ships» de 35.000 toneladas.

El militarismo es para el capitalismo, a la vez, una fuerza de conservación en cuanto le defiende contra las clases oprimidas y una fuerza de destrucción en la medida que arroja su peso sobre las ásperas contiendas de las competiciones imperialistas: es una fuerza indispensable para el modo de producción y su regularización. En la máquina capitalista hace el papel del volante cuya inercia permite vencer los frotamientos internos de las piezas móviles y aminorar las peligrosas irregularidades del movimiento de cada pistón. Pero lo mismo que para poner en marcha un pesado volante hay que gastar cierta energía, así le es preciso al capitalismo pagar un tributo considerable al militarismo. Por este lado el militarismo hunde sus raíces en el desarrollo de la producción. No semeja al rayo celeste, dócil a las órdenes de Júpiter burgués, sino que es parte integrante de la producción cuyo ritmo y quebrantos aguanta.

El periodo anterior a la guerra se caracteriza por la ascensión formidable de las fuerzas de producción, por la acumulación creciente del capital en todos los grandes países imperialistas. Las crisis de superproducción se siguen a intervalos aproximados, 1903, 1908, 1913, atestiguando la velocidad de saturación de los mercados constantemente abiertos a la producción. Todas son cortas y se resuelvan sin gran daño para la producción: el capital encuentra cada vez mercados nuevos para las mercancías. En el espacio de 60 años, la producción de hulla aumentó 14 veces, el hierro en bruto y fundido 12 y 13 veces.

La concurrencia es desenfrenada en los 14 primeros años del siglo XX. Signos de superproducción crónica comienzan a manifestarse por la debilidad de la evolución del capitalismo inglés frente a los capitalismos alemán y americano, sus jóvenes y potentes rivales. Esto apresura la catástrofe militarista de 1914. Los métodos de concurrencia económicos llegan a ser impotentes para asegurar la extensión normal de los mercados. El militarismo, destruyendo por lo menos a uno de los concurrentes, permitirá a la máquina capitalista, remontar provisionalmente las contradicciones que la paralizan. Tratará de asegurar y prolongar la existencia de un capitalismo a expensas de su vecino. Sobre el plan nacional hará el papel de salvador y regulador de la producción.

Los catorce años que precedieron a la guerra se caracterizaron por la acumulación inaudita de fuerzas militaristas, por la marcha a los armamentos. Las crisis periódicas, dice Rosa Luxemburgo, parece que no influyen en el aumento de la producción militarista. Esto se debe al volúmen de esta producción, considerable en relación con la poca amplitud de las crisis, y también a la voluntad de los gobiernos burgueses de sacrificar otras industrias para conservar la de los medios de destrucción. Véanse las cifras relativas al aumento de tonelaje de las flotas de guerra entre 1.º enero 1900 y 1.º enero 1914. De un modo general todas las formas del militarismo aumentan, pero las de los ejércitos permanentes están mucho más condicionadas por las circunstancias particulares de rivalidades propias a cada imperialismo que las de las flotas de guerra. Estas están más enlazadas a la evolución imperialista que las otras, son como el barómetro de los antagonismos imperialistas a través del mundo. He aquí el aumento en $^0/_0$ para cada potencia en las fechas indicadas:

Gran Bretaña	69
Estados Unidos	280
Alemania	300
Japón	160
Francia	22

Tres países: Estados Unidos, Alemania, Japón, son las fuerzas motrices de la acumulación mundial y de la marcha hacia los armamentos. Inglaterra adopta una posición defensiva y sigue lejos el ritmo poderoso de las tres primeras. En cuanto al aumento de las fuerzas navales francesas es típico del papel satélite que tuvo Francia en el conflicto de 1914. Francia, antes de la guerra, no tenía aún la base industrial de una gran potencia imperialista, no poseía sino las condiciones para un futuro desenvolvimiento (vastas colonias aún incultas, gran acumulación usuraria). Francia, con su imperio, más era mercado para la plus-valía de los capitalistas de Alemania, de Inglaterra, etc., que concurrente. De aquí las particularidades de la marcha francesa hacia los armamentos: gran desarrollo del ejército nacional y débil desarrollo correspondiente a la flota de combate.

Para algunos marxistas la marcha hacia los armamentos es ley necesaria del imperialismo. Bujarin escribía en 1915: «Por ello, en nuestros días en que los conflictos económicos alcanzan el más alto grado de tensión, asistimos a la marcha hacia los armamentos». El fenómeno no es extraño a la teoría luxemburguista del militarismo considerado como campo suplementario de acumulación.

El fin del capitalismo no es el militarismo sino la acumulación de la plus-valía. Pero el militarismo solo realiza plus-valía para la categoría A de la producción, a expensas de la categoría B, y esta categoría no acepta la pérdida sino cuando la existencia de toda la clase capitalista está en duda. En otros momentos, B frenará más bien la tendencia militarista y con tanta más energía cuantas más dificultades sienta B para realizar su propia plus-valía (periodos de crisis). Las crisis profundas de superproducción provocarán tendencias antagonistas en el progreso de los armamentos y procurarán su limitación. Si tales dolencias no han podido mostrarse antes de la guerra, se debía a la coyuntura ascendente del capital en todos los países, a la debilidad de las crisis periódicas, en fin, a la inminencia del desenlace mundial, provocado por la agravación de la concurrencia, consecuencia utilizada de esta coyuntura ascendente.

No ocurre lo mismo después de la guerra. A la coyuntura ascendente, cortada periódicamente por crisis que parecían más bien debilidades momentáneas en el alza de la acumulación, sucedió un largo periodo de depresión en algunos grandes países de Europa. Se debió a dos grandes causas: una el aumento enorme de la industrialización en el mundo, tanto desde el punto de vista cuantitativo, como desde el técnico; otra la disminución de los mercados no capitalistas indispensables a la acumulación; esta disminución es correlativa sea a la industrialización que transforma un territorio consumidor en territorio productor, sea a modificaciones sociales tales como la existencia de la U. R. S. S., la instabilidad china e hindú, etc... La superproducción se ha hecho crónica y afecta a los países menos preparados para la concurrencia al mismo tiempo que a los más integrados al mercado mundial: Inglaterra, Alemania, etc...

Alemania vive aún bajo las trabas del tratado de Versalles y como su militarismo no ha podido desenvolverse en los últimos diez años, la limitación no se plantea para ella. No sucede lo mismo con Inglaterra. En primero de agosto de 1914 poseía, a flote o en los astilleros 2.755.770 toneladas y el primero de agosto de 1929 solo 1.889.768 toneladas (incluídos los transportes de tropas). Puede afirmarse que después.de la guerra la crisis crónica que sufre Inglaterra la ha obligado a practicar sin cesar una política de limitación de armamentos. El último presupuesto de la marina de guerra aprobado por el ministerio laborista implica una disminución de más de 4 millones de libras, o sean 500 millones de francos sobre un presupuesto anterior de 6.980 millones de francos. Esto nada tiene que ver con una supuesta ideología pacifista cara a los laboristas. Fué el propio capitalismo inglés quien propuso tal reducción. Los

liberales, obedeciendo las órdenes de los algodoneros de Mánchester, quisieran ir más lejos en este camino. Todos los liberales ingleses reclaman ámplias reducciones del presupuesto, apremiados por la crisis cada vez más intensa. Ningún burgués insular desea la supresión del militarismo porque equivaldría prácticamente a la supresión del capitalismo inglés, pero quiere adaptar su máquina guerrera a las posibilidades actuales del imperialismo en el terreno económico y en el político. Esta unidad de miras del capitalismo británico se destaca más al considerar que todos los partidos siguieron sobre ello una misma política. La conferencia de reducción en Wáshington de 1921 se celebró bajo el Ministerio unionista de Lloyd George; la Conferencia Naval de Ginebra en 1927 y el compromiso franco-inglés de 1928 bajo el ministerio conservador de Baldwin, la conferencia de Londres bajo el ministerio de Macdonald. De hecho no hay más que los mercaderes de cañones (capitalistas A) y los militares profesionales que chillan a causa de las reducciones que les privan de sus ingresos.

Tales son los efectos de la superproducción crónica sobre el militarismo británico. La disminución de la acumulación implica la limitacíón de los armamentos. ¿Cómo se explica esto con la teoría luxemburguista del militarismo, campo suplementario de acumulación? Las épocas de crisis, en este caso, debieran favorecer la acumulación en el dominio militarista; pero es lo contrario lo que se produce.

Sólo las crisis crónicas favorecen la limitación de los armamentos; las crisis periódicas, si son profundas, pueden conducir momentáneamente al mismo resultado, como ocurre con el militarismo americano. La América de la post-guerra no ha conocido crisis crónica; ha conocido una extensión sin precedente de la producción, gracias al formidable aparato reproductor que los años de guerra le permitieron adquirir. La producción capitalista está allí en pleno apogeo y alcanza el 50 % de la producción mundial. Esto indica el papel aplastante del imperialismo americano en el mundo y muestra la íntima dependencia entre el ritmo de la producción y las posibilidades del mercado mundial. Las crisis periódicas de superproducción que, en Inglaterra, por ejemplo, se superponen simplemente a la crisis crónica que sufre, trazan, al contrario, en el cuerpo sano de América una profunda cicatríz. La gran crisis de 1921 produjo efectos inmediatos sobre el militarismo americano. En esta época, América y Japón eran las únicas potencias que desde 1914 habían continuado aumentando sus flotas. La crisis formidable de 1921 desencadenada sobre el planeta, su duración y la incertidumbre que reinaba sobre sus consecuencias, obligaron a la burguesía americana a concertar los acuerdos de Washington

(Diciembre 1921) que pusieron un término relativo a la marcha a los armamentos.

El presupuesto naval que era de 444 millones de dólares en 1921, se redujo a 309 millones en 1922. En el periodo de prosperidad que siguió a esta crisis (1922-1929) el incremento de los armamentos se reanudó practicamente pero atenuado por su carácter casi unilateral, a causa de que Inglaterra, la rival imperialista, no podía permitirse, esta famosa carrera. Las tentativas de acuerdo de Ginebra, el compromiso franco-inglés fueron deshechos por la hostilidad de los Estados Unidos. La ausencia de concurrente en el terreno militarista moderó el crecimiento de los armamentos. Los americanos se contentaron con acercarse lentamente a la paridad con Inglaterra.

La nueva crisis mundial de superproducción (1929) que afectó a América, provocó de su parte la tentativa de limitación conocida bajo el nombre, aún de actualidad, de conferencia de Londres. Para sus autores, la conferencia tenía por objeto limitar la acumución militarista por el principio de la paridad y una limitación de los armamentos de las demás potencias.

El ejemplo de Inglaterra y de los Estados Unidos en el periodo de la post-guerra, ilustra perfectamente el lazo que hemos establecido entre la acumulación del capital y el aumento del militarismo. En los periodos de crisis, los conflictos económicos alcanzan gran intensidad porque la concurrencia es áspera entre los diversos competidores y, sin embargo, estos conflictos no provocan el aumento de los armamentos. La frase de Bujarin antes citada, es pues radicalmente falsa en su simplismo.

El militarismo es una necesidad política de la acumulación destinado a protegerla y, en caso necesario, a regularizarla, pero es una necesidad que saca su fuerza de la estructura económica del momento. Está, por lo tanto sometido a los ritmos y oscilaciones de las coyunturas económicas. Tiende a ampliarse en las coyunturas prósperas y a limitarse en las malas. Refleja así fielmente la evolución de los capitalismos y no puede apartarse sino a consecuencia de una *tendencia voluntaria* de los capitalistas ¿Son modificados los peligros de guerra por esta simple adaptación del militarismo? En ningún momento. Lo que importa para las condiciones de lucha no es el valor absoluto, sinó los valores relativos del militarismo, porque estos no se modifican en las relaciones recíprocas de los diferentes capitalismos, considerados en sus posibilidades de desarrollo. Estas modificaciones tan solo son causas de guerra. La guerra puede estallar incluso en periodo de limitación de armamentos, así como la paz puede mantenerse durante la marcha hacia los armamentos.

No deben interpretarse estos fenómenos sino como síntomas de un proceso capitalista y examinar a la luz de estos síntomas las ventajas que obtendrían ciertos grupos capitalistas al emplear la violencia militarista en un momento más bien que en otro.

Tenemos, por ejemplo, el progreso de los armamentos antes de la guerra, que en sí nada hubiera tenido de amenazador si se hubiera mantenido al ritmo de la acumulación capitalista, pero su rasgo específico era la aceleración que el ritmo militarista había adquirido sobre el ritmo capitalista; aceleración visible en los presupuestos consagrados a los gastos militares. Véanse algunas cifras en %:

	1875	1908
Inglaterra.....	38,6	48,6
Estados Unidos.....	33,5	59,6
Japón	17,2	25,1
Francia.....	29,0	37,0

Esto demuestra claramente que a los capitalistas *les convenía en vista de un porvenir próximo* desarrollar la producción militarista a expensas de otras ramas de industria e indicaba también las tendencias políticas de la coyuntura ascendente de esta época.

Después de las decisiones de la Conferencia de Londres y de sus repercusiones en los próximos programas navales y militares, se podrá deducir una conclusión de conjunto en relación con el desarrollo de la coyuntura actual.

PAUL SIZOFF.

El XI pleno de la Internacional Comunista

Desde el punto de vista de la ignorancia política, de la estupidez y del cretinismo ideológico, es indudable que el XI Pleno de la I. C. ha batido todos los records. Las teorías ridículas del tercer periodo (socialfascismo), las apreciaciones «geniales» sobre la situación revolucionaria en Francia han sobrepasado todo lo que el partido podía imaginar como candidez de espíritu y decadencia teórica.

El XI Pleno ha abandonado las teorías del tercer periodo. Ha olvidado la «situación revolucionaria» en Francia, y no ha recordado más que con una voz muy débil al socialfascismo, cosa que la oposición de izquierda puede estimar como un éxito ideológico. Sin embargo, las resoluciones del XI Pleno constituyen una prueba suficiente de la ignorancia teórica y del confusionismo que existe entre los directores actuales de la I. C. Para quien no esté familiarizado con la historia de la I. C. durante estos últimos años, pero conozca los métodos marxistas, es suficiente recorrer las resoluciones del XI Pleno para encontrar numerosas contradiciones y para persuadirse del bajo nivel ideológico de los directores actuales.

¿Qué representa en estos momentos la Unión Soviética? ¿Un Estado socialista, una sociedad socialista? ¿La U. S. ha entrado ya en un periodo de socialismo? Estas son las preguntas principales a las cuales debemos responder. Durante los últimos años la burocracia nos ha aturdido los oídos sobre la entrada de la U. S. en el socialismo. El XI Pleno retrocede en esta cuestión, a la cual responde: «En la U. S. se termina la construcción de los fundamentos de la economía socialista».

¿En qué consisten los fundamentos de la economía socialista? Una casa en la que el socialismo constituye los fundamentos, pero a la que la son necesarios muros y techos. El marxismo admite de un modo general que la base de la sociedad socialista es el capitalismo en su grado más elevado de desarrollo; sin esto el socialismo no es realizable. La tarea del proletariado es transformar la estructura social de la economía capitalista, procediendo por diversas etapas, por medio de la dictadura proletaria, por una organización metódica de la economía, a conducir hacia el socialismo a la sociedad. De esto se comprende que aquellos que afirman que en la U. S. se han terminado los fundamentos, quieren decir con ello que no han hecho grandes progresos sobre el capitalismo, lo que no quiere decir nada. En realidad el leninismo nunca ha presentado el desarrollo del socialismo en forma de una edificación vertical, sino como un desarrollo por etapas. En «El Estado y la Revolución», el desarrollo del socialismo se presenta así: a) comunismo de guerra; b) socialismo; c) comunismo integral. Lenin se representaba así el socialismo por etapas. Habiendo conquistado el poder el proletariado, no puede inmediatamente dirigir toda la economía, es decir, que no puede repentinamente instaurar el socialismo. Nacionaliza las principales fabricas, más tarde extiende su acción sobre las industrias secundarias, y más tarde aún se dedica a socializar la economía agraria. Es esto precisamente lo que se realiza en la U. S. y se hubiera llevado a cabo con

éxitos cada vez mayores si la dirección analizara la situación en que se encuentra. Por esto es justa la fórmula del camarada Trotsky sobre la naturaleza del Estado soviético. «La U. S. ha entrado en el primer estadio del desarrollo del socialismo». La fórmula del XI es teóricamente impotente, es la que corresponde a gentes que se han asustado de las consecuencias de sus consignas de la víspera, cuando hablaban de la entrada en el socialismo, en el momento en que faltaba leche para los niños, y para quienes se trata de encontrar una justificación de su aventurerismo burocrático.

También se ha tratado en el XI Pleno la cuestión colonial en China y las Indias. ¿Qué clase dirige el movimiento de liberación de las masas coloniales en las colonias y en los países atrasados? El proletariado, teniendo como aliada la clase campesina y dirigiéndola, ataca el poder de las clases directoras, lucha contra los imperialistas extranjeros, contra el capitalismo indígena, contra la reacción y, apoyándose en la clase campesina, instaura la dictadura del proletariado por medio de los soviets. Esto es lo que nos ha enseñado Lenin. Pero Stalin ha corregido a Lenín, presentando como ejemplo de sistema soviético la instauración de los soviets en las regiones agrarias en China. Ha establecido así que la clase campesina puede representar un papel independiente y organizar un gobierno soviético que lleve a cabo la transformación socialista en China. El XI Pleno va más lejos aún: «Gracias a la experiencia evidente de las masas de las regiones soviéticas, los soviets y el ejército rojo salido de la revolución agraria arrastran a la lucha a los obreros de los centros industriales...» ¡No sólo la clase obrera es una clase independiente, sino que es la clase activa que dirige y orienta al proletariado! ¿No está claro que nos encontremos con una nueva teoría que rompe por completo con el leninismo? Esto es puro stalinismo.

La resolución sobre el socialfascismo dice lo siguiente: «En todos los sitios donde los comunistas aplican mecánicamente la táctica justa de «clase contra clase» sin tener en cuenta el nivel del movimiento comunista; en aquellos países en que identifican fascismo y socialfascismo, y a los jefes socialfascistas con la masa obrera socialdemócrata, los comunistas debilitan su dirección independiente de la lucha de clases... permitiendo a la socialdemocracia maniobrar estimulando la lucha contra el fascismo, y engañar a las masas que la siguen». En esta fórmula hay la confusión abierta de que la identificación del fascismo con el socialfascismo era un error, que ha costado caro al movimiento comunista.

La socialdemocracia es indudablemente un ala pequeñoburguesa, y es además el apoyo de la burguesía, a la que sirve como una arma poderosa en la lucha contra el proletariado revolucionario; el fascismo es también un ala de la burguesía, aunque de otro género, puesta en la vanguardia por la burguesía para luchar contra el proletariado, pero en otras condiciones. La socialdemocracia es el partido de la pequeña burguesía, que se apoya sobre todo en la aristocracia obrera. El fascismo es un movimiento pequeñoburgués de la pequeña burguesía «declassée» y de funcionarios, y posee una influencia entre las grandes capas de la clase campesina media. Estos dos movimientos pequeñoburgueses, a pesar de que se apoyan subjetiva y objetivamente, chocan algunas veces entre sí a causa de la diversidad de su composición, de las diferencias de sus tradiciones ideológicas y de los métodos con los cuales sostienen al régimen burgués (democracia burguesa o dictadura). El deber de los marxistas es poner en evidencia estas diferencias y no velarlas, porque de otra manera podríamos llegar a la conclusión de una clase burguesa monolítica, sin luchas interiores, sin concurrencia en la lucha por los intereses nacionales e internacionales.

Los malos resultados, no sólo de la mala aplicación, sino de la teoría del socialfascismo en general, provienen de que todos los obreros ven, mirando

incluso la vida cotidiana, que a pesar de todos los argumentos comunistas, a pesar del calificativo de socialfascistas, estallan luchas agudas entre los dos partidos fascista y socialdemócrata. El partido fascista destruye los locales y los periódicos de los socialdemócratas, los detiene algunas veces e incluso les tortura y les mata. Una encuesta realizada por la «Rote Fahne» entre los obreros socialdemócratas ha demostrado la justeza de nuestra tesis. A la pregunta: «¿Qué es lo que te impide entrar en el partido comunista?», muchos obreros han respondido: «Estoy con vosotros, pero contra la teoría del socialfascismo».

Los burócratas del XI Pleno se preguntan: ¿quién es responsable de los resultados negativos de nuestro trabajo? Y se responden: «Los obreros que no comprenden las consignas». Los burócratas no quieren admitir que en el momento que ellos hacen el paralelo entre el fascismo y la socialdemocracia, han empujado a la identificación del fascismo y la socialdemocracia, es decir, de los obreros socialdemócratas y de los fascistas. El rechazar sobre las secciones nacionales la responsabilidad de la mala aplicación, no es más que un retroceso en la teoría del socialfascismo. Pero como pasa siempre, se hacen caer las responsabilidades sobre la base.

Claro está que el Pleno no ha echado en olvido el dar una nueva coz a la oposición rusa: «La obra de construcción del socialismo ha aplastado definitivamente todas las esperanzas del mundo capitalista y las «previsiones» de los trotskystas sobre la degeneración de la economía soviética en una economía capitalista». Nosotros podemos agregar a esto que la aplicación del plan quinquenal ha demostrado la justeza del punto de vista de la oposición y su victoria ideológica. Por otra parte, ha demostrado todo lo peligrosa que era la política de Stalin y Bujarin. La oposición de izquierda, al demostrar el peligro que ha corrido la economía soviética, ha provocado la lucha entre Stalin y Bujarin, y así ha ayudado a la dictadura del proletariado.

La oposición de izquierda ha visto todos los peligros y ha llamado sobre todos ellos la atención del proletariado internacional. Continuará haciendo esto mismo sin esperar elogios de los burócratas empedernidos del XI Pleno, sino por interés del proletariado internacional.

JANIN

La Redacción de «COMUNISMO» está integrada por los siguientes camaradas: Andrés Nin, Henri Lacroix, Esteban Bilbao, L. Fersen, José Loredo Aparicio, Gorkín, L. Siem, Juan Andrade.

«COMUNISMO» cuenta también con los siguientes colaboradores internacionales: León Trotsky, Christian Rakovsky, P. Frank, James P. Cannon, Max Schachtman, Rosalio Negrete, E. González, Mill, Feroci, J. Frankel, K. Landau, Kossior, Muralov, Chen-Du Siu, Weil, Blasco, Naville, etc.

DOCUMENTOS DE LA OPOSICION

Proyecto de tesis sobre la cuestión de las nacionalidades

1.º - La nación, en su forma más acabada y definida, es un producto directo de la sociedad capitalista. Los países que no han entrado aún en la fase de desarrollo capitalista no pueden ser considerados como naciones en el verdadero sentido de la palabra. Los progresos del capitalismo en un país engendran la necesidad de un Estado propio. «La forma típica, normal para todo el mundo civilizado es el Estado nacional,» (Lenín) y no el plurinacional. «Los factores económicos más profundos impulsan a ello.» Los movimientos de emancipación nacional expresan esta tendencia de la burguesía.

2.º—La lucha de las nacionalidades por su liberación ha sido sinónima en todas partes de lucha contra el feudalismo. La creación de los grandes Estados ha coincidido con el desarrollo capitalista, y, en este sentido, ha constituído un hecho históricamente progresivo.

En las grandes «cárceles de pueblos» que fueron los desaparecidos imperios ruso y austrohúngaro, la unidad fué, por el contrario, un hecho regresivo: la creación del Estado precedió allí al desarrollo del capitalismo, y la unidad obtenida fué una unidad absolutista y despótica, caracterizada por una opresión nacional inaudita. En un caso parecido se encuentra España. Si en lugar de ser un país predominantemente agrario, económicamente atrasado, España hubiera sido un país de gran desarrollo industrial, el capitalismo hubiera fundido en una unidad sólida a los distintos pueblos de la península. La unidad española ha tenido como base la hegemonía de los grandes terratenientes y de la Iglesia, la sujeción de la parte más vital y progresiva del país a la más atrasada, hegemonía y dominación que hallaron su expresión en el «despotismo asiático»—para emplear la expresión de Marx—de la monarquía borbónica. Esta unidad artificiosa y despótica no podía mantenerse más que gracias a una irritante desigualdad nacional, que puede ser equiparada a la desigualdad de casta existente en la Edad Media entre el señor y el siervo.

3.º—El movimiento de emancipación nacional en España ha surgido con una vitalidad particular en Cataluña y Vizcaya, esto es, en los dos centros industriales más potentes de la península, expresando así la tendencia natural de toda burguesía a constituirse en Estado, la lucha de los pueblos económicamente más avanzados contra el centralismo absorvente, reaccionario, de la España monárquica y semifeudal.

4.º—La lucha por la emancipación nacional es uno de los aspectos de la revolución democrática, y, por consiguiente, está íntimamente ligada con la lucha de clases. Concretamente: la lucha por la emancipación nacional no es más que una de las formas de la lucha entre la burguesía contra el feudalismo. En ella aparecen todas las características del movimiento democràtico en general. Como en éste, la burguesía, en todos los momentos decisivos se inclina a la capitulación, a las concesiones al enemigo (recuérdese toda la política de la burguesía catalana capitaneada por Cambó), mientras que la pequeña burguesía tiende a las soluciones radicales (Maciá y «Estat Catalá»), mostrándose, sin embargo, incapaz de llevarlos a la práctica hasta el fin.

5.º—La emancipación nacional no puede ser obra más que de las grandes masas populares. En ellas se apoyó la burguesía en todo el transcurso del siglo XIX. Hoy, esto no es posible, porque ha surgido uua fuerza nueva, el proletariado, cuyo papel en la vida económica lo coloca frente a la burguesía y le impulsa a ejercer la hegemonía en todos los grandes movimientos populares. Por esto, la burguesía, en todos los momentos decisivos retrocede, traicionando el movimiento.

6.º—La emancipación nacional es una de las reivindicaciones de la democracia, y, por esto, el proletariado no puede desentenderse de ella, adoptar una actitud de inhibición escudándose en un internacionalismo abstracto, que se convierte, de hecho, en un sostén de la política de centralismo reaccionario, de opresión de unas nacionalidades por otras. «Concebir que la revolución social es posible—decía Lenin—sin la insurrección de las pe-

queñas naciones en las colonias y en Europa, sin explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía con todos sus prejuicios, sin los movimientos de las masas proletarias y semiproletarias poco conscientes contra los terratenientes, el yugo clerical, monárquico, nacional, etc.,—pensar así, significa renunciar a la revolución social... Quien espere una revolución social «pura» no la verá, es un revolucionario verbal que no comprende la revolución verdadera.»

El proletariado revolucionario debe pronunciarse, pues, de una manera clara y categórica con respecto a la cuestión de las nacionalidades, como lo hace por lo que se refiere a todos los aspectos de la revolución democrática.

7.º—Los comunistas se pronunciarán incondicional y decididamente por todo lo que tenga de democrático, de lucha contra la opresión el movimiento de emancipación nacional, pues son «los enemigos más decididos y consecuentes de toda opresión» (Lenin). Pero, al hacerlo, evitarán por todos los medios identificarse con el nacionalismo de la burguesía de la nación oprimida, que tiende a subordinar los intereses de clase del proletariado al principio nacional, y con el de las clases explotadoras de la nación dominante, que, explotando los legítimos sentimientos de solidaridad supra-nacional de los obreros, pretende convertir a éstos en cómplices de la política de opresión nacional.

Por esto, tan errónea es la posición de la «Federación Comunista Catalano-Balear» que, en sus tesis sobre la cuestión nacional y en su reciente «Carta abierta a la Internacional Comunista» afirma que el proletariado revolucionario debe «hacer suyo» el movimiento nacionalista, «integrar el partido comunista» en este movimiento, como la de la Confederación Nacional del Trabajo, que en su última conferencia, en el momento álgido del conflicto entre la efímera República Catalana y el poder central, se declaraba dispuesta a luchar contra la independencia de Cataluña por todos los medios, sin excluir la «insurrección armada.»

8.º—El principio que los comunistas españoles han de defender con toda energía es el reconocimiento del derecho indiscutible de las nacionalidades a disponer libremente de sus destinos, sin excluir el derecho a la separación, si ésta es la voluntad de la mayoría de la población. Ningún demócrata sincero—y no hay partidarios más sinceros de la verdadera democracia que los comunistas—puede pronunciarse contra este principio. Pero una cosa es defender ese derecho y otra la cosa en sí. Como decía Lenin: «el reconocimiento del derecho al divorcio no excluye la agitación contra el divorcio.» La proclamación del derecho de los pueblos a disponer libremente de sus destinos, significa que los comunistas están contra toda opresión injusta.

En todo caso, la propaganda contra la separación pueden hacerla, no los comunistas de la nación opresora, sino los de la oprimida, qúe lucharán contra el chovinismo local y pondrán de relieve los intereses comunes de los obreros de todas las nacionalidades. Sólo así se establecerá un verdadero lazo de unión entre todos los trabajadores españoles.

9.º—En el caso concreto de España, los comunistas sostendrán el derecho de Cataluña y Vizcaya a darse la constitución política que les plazca y lucharán contra toda tentativa del Gobierno provisional de la República de continuar las tradiciones de centralismo despótico de la monarquía. Esta es, principalmente, la misión del proletariado no catalán y no vizcaino.

Los comunistas de las naciones oprimidas denunciarán la inconsecuencia de la pequeña burguesía radical, combatirán el chovinísmo local y, mediante una propaganda activa y constante, demostrarán que la burguesía es incapaz de resolver el problema de las nacionalidades.

10.º—La burguesía española, por su debilidad, por los lazos que la unen económicamente a las fuerzas feudales del país, por sus contradicciones internas, es incapaz de fundir los distíntos pueblos en la potente unidad política que los intereses del desarrollo económico de la península exigen. Esta unidad no puede realizarla más que una clase históricamente progresiva, esencialmente libertadora y que está unida, por encima de las diferencias nacionales, por un interés común: el proletariado. Sólo la victoria de esta clase garantizará el desenvolvimiento de los pueblos, el reconocimiento indiscutible de sus derechos, el fin de toda opresión y la instauración de una Unión de Repúblicas libres.

Proyecto de tesis agraria

I

Generalidades

Nuestro partido carece de una política agraria. No la tiene ni buena ni mala: pura y simplemente, ni la tiene ni la tuvo. Teóricamente, la burocracia dirigente no ha pasado de escarceos e iniciaciones; prácticamente, no ha pasado al terreno de la organización, único medio de crear la base agraria del mismo. Un intento, el más serio y positivo, realizado por la Oposición, durante los años 25-26 y 27 en la zona castellana, fué malogrado por la política personalista de la fracción staliniana, que cual peso muerto el partido arrastra ya seis años y es hora de sacudir enérgicamente. No se ha concedido aún a esta cuestión la importancia que realmente merece.

De la manera de abordar el problema agrario, depende, a nuestro modo de ver, que el campesino sea una de las dos cosas que puede ser: instrumento regresivo o elemento progresivo en el curso de la revolución actual, que lo mismo puede desembocar en una nueva dictadura que en una situación neta y objetivamente madura para la toma del poder. Precísase, pues, una política honrada, esencialmente revolucionaria, bolchevique-leninista, que cortando sin piedad la política de la difamación, de la calumnia, de la exclusión ponga en pie a nuestro partido y lo sitúe en condiciones de jugar el papel preponderante que por su significación y principios le corresponde. De otro modo, de persistir la política facciosa, contrarrevolucionaria de hecho, mecánica y demagógica característica de todo mecanismo burocrático, corremos el riesgo de ser desplazados como partido revolucionario pasando a ocupar nuestro lugar el anarco sindicalismo, en cuyas manos una revolución significaría ni más ni menos que la contrarrevolución inmediata. Nunca tuvo el partido perspectiva más amplia, ni horizontes más dilatados para afirmarse en el corazón de las masas. Por eso, nunca fué tan grande la responsabilidad de la Internacional, cuya política general está plagada de errores y en el caso concreto de España es condenable.

II

El sujeto de la revolución

El campesino, por el medio en que vive, encarna la tendencia individualista. Esta tendencia se acentúa en las regiones donde la propiedad está más dividida. Pero hay una capa, la más numerosa —el bracero asalariado—, que sirve, en cierto modo, de contrapeso, si bien más que por su tendencia por su condición social. En el

campo sobre todo, es donde se advierte claramente como el indivíduo es un producto del medio. Unos tienden a conservar y otros a poseer, y en general el concepto de posesión está profundamente arraigado en todos, aunque por ser diferente su situación circunstancialmente difieran no en sus tendencias, pero sí en sus actos. Es, por tanto, tarea fácil ganar para el partido la inmensa capa de asalariados con una política agraria justa como condición, claro está, que les dé la sensación de que sólo la revolución comunista puede hacer la transformación agraria que dé la tierra al que la trabaja. Es tarea difícil, pero no imposible de realizar con éxito, ganar también la extensa capa de pequeños propietarios dándoles la seguridad de que la revolución agraria comunista le librará de impuestos, rentas y gabelas, y en la generalidad de los casos le aumentará la superficie que ha de usufructuar. Inútil es decir que las demás capas, el terrateniente y el campesino medio, no nos interesan sino en la justa proporción del papel contrarrevolucionario llamadas a desempeñar.

Ahora bien: ¿cómo establecer esa política agraria justa, cuáles debieran ser sus líneas generales? Indudablemente que si al campesino asalariado le incitamos, en términos abstractos, a prepararse para tomar posesión de la tierra, y le decimos, sin especificar ni condicionar el sentido de la posesión, que la revolución comunista le dará la tierra de que carece, le convertiremos en una fuerza revolucionaria expansiva de formidables efectos inmediatos, pero es incuestionable que al siguiente día tendríamos que entrar con él en lucha, en el momento preciso que diésemos el primer paso hacia la colectivización del campo. El factor revolucionario habríase convertido en un factor contra revolucionario y en los instantes más críticos, seguramente, de la revolución. La colectivización agraria, partiendo del principio fundamental de la industrialización del campo, modificaría sustancialmente el lugar y los términos de este problema; pero esto, previsto de un modo mediato en nuestra revolución, no interesa sino como perspectiva. Lo urgente, lo inaplazable es una política agraria, de carácter inmediato, que incorpore al campesino al plano del partido y le transforme en una fuerza auxiliar de primer orden del proletariado.

III

Orientación y plataforma

Es necesario que nuestra política agraria revista dos aspectos: uno de carácter inmediato y otro de carácter mediato; el primero sobre la base de un programa concreto de reivindicaciones y el segundo girando en torno de los dos conceptos fundamentales

que sirven de título al presente capítulo y resumen toda la teoría sobre los rasgos esenciales de la revolución agraria comunista. Hay que decirle claramente al campesino que la revolución comunista tiende a poner fin a la apropiación individual y corporativa de los medios de producción y cambio, y que no puede, por consiguiente, hacer propietarios. Que precisamente la causa de que unos tengan tierra y otros nó, es la posibilidad de vender, comprar, enajenar, signos del mercantilismo capitalista que hay que borrar. Que la tierra es el elemento generador del capital y siendo individual la apropiación de la misma individual tiene que ser el capital. Que no se concibe en nuestra revolución la existencia de capital privado, cuya función no puede ser otra que la de explotar. Que la revolución comunista dará al campesino el DOMINIO UTIL de la tierra, pero no el DOMINIO DIRECTO, que se reserva la sociedad, y en su nombre, durante la transición del capitalismo al comunismo, el Estado Obrero.

Esta dirección de nuestra política campesina permitirá que la mentalidad del campesino evolucione y deje paso libre a la colectivización supuesta la revolución comunista. No ganará, naturalmente, las simpatías del grande y medio propietario, pero sí las del asalariado y del pequeño propietario, que son en fin de cuentas los que nos interesan.

Esto considerado teóricamente y a título de programa de la revolución comunista, de anticipación de lo que ha de ser la tierra bajo el régimen de dictadura del proletariado. Prácticamente, en el aspecto inmediato, como base de nuestra política agraria de penetración en el campo, entre la revolución burguesa y la revolución proletaria, entre lo que pudiéramos decir hoy y mañana, hemos de ir a la organización partiendo de un cuadro de reivindicaciones mínimas, atendiendo tanto a las analogías como a las diferencias que presente el campo español por la naturaleza de sus elementos y por la distinta forma que la propiedad afecta.

IV

Algunos datos

Valiéndonos de una expresión corriente en boca de los geógrafos, la superficie española semeja una piel de vaca extendida. Polígono irregular de medio millón de kilómetros cuadrados aproximadamente, equivalentes a 50 millones de hectáreas por tanto, únicamente 10.500.000 hectáreas (6.800.000 en explotación directa, 3.035.000 en arrendamiento y 665.000 en aparcería) están, literalmente hablando, cultivadas; 31.000.000 son aprovechables (matorrales, pastos, laderas), y el resto es prácticamente, incultivable,

en un sistema de explotación rutinario que aún en gran parte emplea el arado romano (montes, rocas, mesetas areniscas, terrenos graníticos, pantanos, etc., etc.)

Es notorio el «déficit» agrícola, circunstancia explicable por el carácter semifeudal de la propiedad. Este déficit se refleja no solamente en la balanza del comercio exterior, que destaca el hecho peregrino de que un país de tipo predominantemente agrario haya de importar algunos productos fundamentales como el trigo, sino en la vida económica del campesino, rayana en la miseria. Y, no obstante producir el suelo español (hecha excepción de la madera, que una brutal política forestal ha casi agotado) todos los elementos primos, el déficit es aterrador en materias primeras, cuya importación dobla la exportación, corrientemente. Es un déficit «normal» el del agro español.

V

Causas que determinan la crisis agraria

El carácter de la explotacion: a) alrededor del 60 por 100 de la superficie cultivada es explotada directamente por sus propietarios valiéndose de mano de obra asalariada; b) alrededor del 30 por 100 es explotada por arrendatarios; c) alrededor del 10 por 100 lo es por aparceros. Pero la fundamental estriba en el hecho de que un 95 por 100 es propiedad privada y explotada en forma individual. Esto, no obstante, no es todo: la usura, el sentido de la explotación que tiende al provecho particular y no al de la satisfacción de las necesidades sociales y que determina el cultivo de grandes extensiones—aceite, vino, bulbos, etc.—con vistas al mercado exterior ycon detrimento de otras especies--trigo, algodón, lino, plantas medicinales, etc., etc.;—el contrato de arriendo, que elimina por sus términos la posibilidad de mejora de la tierra por el arrendatario; la falta de un sistema normal de riegos; el precio elevado de los abonos y a veces su deficiente poder orgánico y nutritivo de la planta, son causas entre otras determinantes de la honda crisis que el campo sufre, en crecientes contradiciones que sólo la revolución agraria preconizada por el comunismo podrá resolver en interés sobre todo del proletariado rural.

VI

Mapa agrario

Por orden decreciente, pueden clasificarse 6 zonas agrarias: Ambas Castillas.

Andalucía.
Extremadura.
Aragón.
Norte-Este (desde el cabo de Finisterre al de Creus).
Este-Sur (desde Creus hasta el de Gata).

VII

La división de la propiedad por zonas

Ambas Castillas: Contiene los cuatro elementos constitutivos del agro: el grande, medio y pequeño propietario y el asalariado, que es la gran masa. El asalariado y el pequeño propietario, prácticamente dependen del campesino acomodado y del gran propietario. Forman la masa de explotación. De estos dos sectores sólo el proletario (que frecuentemente aparece en oposición con el pequeño propietario) es el elemento activo reclutable para los fines de la organización.

Andalucía: Predomina el latifundio (grandes extensiones territoriales), dedicado a criadero de reses, caza. Es la zona proletaria rural por excelencia.

Extremadura: guarda una gran analogía con Andalucía. Parece un trozo de aquélla, y no sería arbitrario unificarlas en una sola zona.

Aragón: Se disputa la hegemonía posesoria el pequeño propietario y el minifundio, si bien éste no es tan acentuado como en las regiones Norte-Sur-Este. En general, salvo las excepciones aplicables a todas las zonas, en mayor o menor proporción, prepondera el pequeño campesino, que vegeta con el escaso producto de su pequeña propiedad y el salario circunstancial que subviene a sus necesidades primordiales.

Norte-Este: predomina el minifundio. Es evidente la división y subdivisión de la propiedad a lo largo de toda la cordillera. En Galicia y Cataluña son cada vez más profundos y complicados dos problemas que se conocen con los nombres de FOROS y RABASSA MORTA, respectivamente. Es preciso fijar la atención en el carácter especial de estos problemas para que el partido trace consignas justas, adecuadas. En Galicia, donde la redención de foros (y otro tanto podría decirse respecto de Cataluña) es prácticamente imposible sin la revolución agraria, renace con brío y pujanza la campaña por la redención pura y simple sin indemnización alguna a sus seculares dueños. En el curso de la dictadura se manifestó la tendencia a la redención mediante una indemnización, pero el desacuerdo era fundamental cuando se trataba de fijar la cuantía de la misma, pues mientras los señores fijaban como valor de la

tierra el actual, los esclavos oponían, y con razón, que ese aumento de valor es debido al esfuerzo y trabajo acumulados por los usufructuarios, correspondiendo fijar como término de la indemnización el valor intrínseco de otro tiempo, independiente del que por dicho trabajo, transmitido de generación en generación de usufructuarios, tiene hoy.

Es en estas regiones donde más hondo es el sentimiento de la propiedad. El asalariado es muy poco numeroso; la penetración de nuestro ideario será, por ello, en extremo penosa y lenta, a la inversa de regiones como las de Ambas Castillas, Extremadura y Andalucía, en las cuales por su gran masa de asalariados la tarea es incomparablemente menos difícil. Obra además la circunstancia de que mientras en estas últimas regiones el campesino frecuentemente emigra a las ciudades y retorna saturado de ideas revolucionarias, organiza y lucha, en aquéllas, por el contrario, siente el apego al trozo de tierra que más o menos nominalmente posee, y es corriente que el emigrado retorne no con ideas sino con algunos ahorros de miseria que le permitan aumentar el área de su propiedad.

Este-Sur: puede clasificarse como una transición entre la grande y la pequeña propiedad; entre el asalariado normal y el asalariado circunstancial. Predomina, sin embargo, el tipo del pequeño propietario, que en algunas comarcas (Castellón, Valencia, valles del Ebro) se basta con sus naranjos y arrozales y olivares y viñedos para existir, sin necesidad de recurrir al salario. Es problema fundamental, sobre todo en Levante y Murcia, el de los riegos, que origina conflictos frecuentes.

VIII

La conquista del campo

Trazadas a grandes rasgos—como permite nada más el carácter de nuestra Revista—lo que para nosotros es esencial, o sea la distribución de la propiedad, débese formular un programa conciso, claro, que teniendo por línea directriz la unidad de nuestros principios comunistas esté de acuerdo con las exigencias y necesidades de las masas campesinas que nos proponemos ganar. La tarea no es fácil, porque las circunstancias son numerosas y no consienten, por ello, la posibilidad de una táctica uniforme, como la que es posible desarrollar entre el proletariado.

De dos modos, a nuestro juicio, debe llevarse a cabo la propaganda en el campo: primero, en el cuadro de los principios teóricos generales del comunismo; segundo, en el terreno de las reivindicaciones concretas mediante un trabajo de organización

y propaganda sistemático. Frente a la estúpida concepción de la comuna preconizada por el anarquismo, tanto como frente a la grosera deformación reformista del social fascismo, debe, en el centro, estar nuestro partido con una táctica realista y revolucionaria. En principio, el campesino no distingue de idearios y le parece mejor aquél que le proporcione un mejoramiento de su situación y muy particularmente el que le procure más pronto la posesión de la tierra. De aquí nuestra ventaja actual, pues la influencia de la revolución rusa es indudable y el campesino nos cree a los comunistas cerca del poder. Si sabemos ligar los principios teóricos con las reivindicaciones inmediatas, el campo SERA NUESTRO.

IX

Cuadro de reivindicaciones

ASTURIAS, GALICIA, VASCONGADAS, NAVARRA, CATALUÑA Y LEVANTE:

a) Derecho de los arrendatarios a vincular, sin indemnización, en ellos la tierra. Negativa absoluta a modificar estas conclusiones ni a reconocer otro derecho sobre la tierra que el del que la trabaja.
b) Resistencia sistemática al pago del precio de arriendo.
c) Libertad absoluta del mercado agrícola interior y oposición a que el Estado regule los precios con el sistema de tasas, que no favorece sino al gran propietario.
d) Amplia extensión del crédito agrícola y a largo plazo.
e) Institución de un sistema especial de Seguros de cosecha.
f) Reducción de impuestos.

CASTILLA, ANDALUCIA, EXTREMADURA Y ARAGON:

a) Aplicación al campo de la jornada de 8 horas y extensión de todos los Seguros sociales.
b) Contratos de trabajo controlados por la organización local obrera.
c) Salario mínimo.
d) Cesión por el Estado, Diputaciones y Municipios, a las asociaciones obreras, para su explotación colectiva de los terrenos incultos.
e) Reparto de latifundios andaluces y extremeños y propiedades señoriales castellanas entre los campesinos asalariados.

X

Conclusión

Proyecto de tesis y sujeto por tanto a las modificaciones pertinentes, no pretende ser el precedente estudio una cosa definitiva ni perfecta. Trátase nada más que de un avance, en términos generales, de lo que pudiéramos llamar «introducción al estudio de la cuestión agraria». Hay, aparte, problemas locales que en cada pueblo surgen y presentan un aspecto particularísimo que sólo obrando a tenor de las circunstancias pueden ser abordados; situaciones especiales que obligarían a alterar la unidad táctica. El campo es algo sumamente complejo por la diversidad de los elementos que lo integran. Por eso nuestra tesis está sometida de antemano a alteraciones quizá profundas. No obstante, aunque nada más sea a título de anticipación, creemos haber prestado un buen servicio al partido, al proletariado y al comunismo recordándole al primero su abandono, alentando la esperanza del segundo y prometiendo fidelidad y consecuencia al tercero.

ROBERTO MARINER

Madrid, junio.

El movimiento oposicionista internacional

EN GRECIA

Estos últimos tiempos se observa un recrudecimiento del movimiento revolucionario en Salónica, a pesar de la ola de terror que se ha desencadenado en toda Grecia, y que principalmente afecta a los camaradas de la Oposición. El camarada Giotopoulos ha sido detenido y acusado de alta traición. Ante el juez este camarada oposicionista ha hecho las siguientes manifestaciones:

«Soy miembro de la organización comunista de bolcheviques leninistas (archivomarxistas), de la cual acepto los principios v el programa. La organización a que pertenezco trabaja al frente de las luchas de la clase obrera y de todos los oprimidos por su liberación. Los principios de nuestra organización son los principios del marxismo revolucionario. Estos principios nos imponen la lucha por la conquista del poder político y por el triunfo de la revolución proletaria, el que estemos al frente de las luchas diarias de los oprimidos por conseguir sus reivindicaciones políticas y económicas. Las persecuciones del régimen burgués contra nosotros son debidas a estas luchas».

La oposición de izquierda en Grecia lleva a cabo en su periódico *La Lucha de Clases* una campaña vigorosa por la organización proletaria sana. No regatea sus esfuerzos para reunir el mayor número de jóvenes obreros y empleados en sus «cursos instructivos». El P. C. no se ha ocupado nunca de dar nociones sólidas de marxismo a los proletarios que forman parte de sus organizaciones. La oposición de izquierda, al mismo tiempo que labora incansablemente por reformar los sindicatos, realiza una campaña activa en sus escuelas de militantes.

Esto no deja de desesperar a la burguesía, y como anteriormente decimos, se ha desencadenado una represión salvaje contra la oposición griega.

EN BRASIL

De una carta que hemos recibido de los camaradas de la Oposición Comunista del Brasil, reproducimos los siguientes párrafos:

«Durante los veinte días de lucha en Riojaneiro, hemos logrado actuar a pesar de la debilidad de nuestros medios actuales. Hemos distribuido manifiestos sobre las cuestiones de actualidad. Hemos publicado un número de la *Luta de Classe,* órgano de la oposición brasileña, y el primer número del *Boletim de Oposiçiao,* que la policía ha recogido y del que sólo hemos logrado salvar una pequeña parte. El día en que cayó el Gobierno en Riojaneiro, y mientras que la población se arrojaba a la calle conmemorando alegremente el acontecimiento, nosotros hemos tratado de conseguir una imprenta que nos imprimiera un llamamiento lanzando las consignas políticas y económicas que el momento exigía.

«Finalmente logramos editar un manifiesto invitando a los trabajadores a organizarse inmediatamente y a no esperar nada de la burguesía. Al día siguiente el partido intentó celebrar un mitin cubriéndose bajo la C. G. T. (que no existe más que sobre el papel), para la organización sindical. Los camaradas del partido nos ayudaron a distribuir el manifiesto. Los oradores del partido hablaban de arrancar la tierra a los señores feudales (?), sin decir ni una palabra de la organización de los trabajadores ni sobre las reivindicaciones inmediatas. Mientras que nosotros distribuíamos los manifiestos sobre la necesidad de la organización, etc..., el partido distruibuía su periódico en el que en primera página y en gran-

des caracteres se leía el siguiente titular: «¡Qué facil es derribar al gobierno burgués! ¡Con media hora es suficiente!

«En San Pablo las cosas han ocurrido de diferente manera. Las tropas rebeldes han entrado en San Pablo al mando de antiguos oficiales sublevados en 1922 y 1924, que han vivido después en el destierro. Con su antiguo jefe Prestes, han tenido relaciones con el partido comunista en los años 1927 y 1928, cuando se intentaba realizar aquí una especie de Kuomintang. Un camarada del partido, J., su antiguo partidario, ha venido también con el ejército revolucionario como capitán. Con otro camarada, Pl. M., expulsado del partido poco antes de la guerra civil y simpatizante con la oposición, pero que en esta época no estaba en relaciones con nosotros, él ha obtenido del jefe militar de San Pablo, amigo personal suyo, un llamado decreto de legalización del partido, según el cual el partido podía hacer su propaganda, tener su domicilio públicamente, etc. De toda «tentativa de sublevación», los dos camaradas, así como el padre de este jefe militar, que era también miembro del partido, se hacían responsables. Era evidente que este decreto no tenía ningún valor y que su acción era de un oportunismo escandaloso. J. es un camarada muy conocido. Estuvo tres meses en la cárcel de San Pablo, de donde salió algunos días antes de la sublevación, después de una campaña demagógica de los periódicos de oposición contra el gobierno. El partido, en lugar de expulsarle enseguida que se supo por los periódicos que venía en las tropas sublevadas con el grado de capitán, entró en relaciones con él y no le expulsó hasta que se negó a someterse a los burócratas. Porque J. soñaba con hacer un periódico diario abierto a todas las tendencias comunistas, incluso a la nuestra».

A continuación nuestros camaradas brasileños dicen que en aquel país el trabajo de la oposición se desarrolla favorablemente.

Agradeceremos a todos los grupos españoles de la Oposición comunista de izquierda que procuren liquidarnos los ejemplares vendidos lo antes posible. Como ya hemos manifestado, publicándose «COMUNISMO» mediante el esfuerzo personal de varios camaradas, su vida depende únicamente de que todos nos ayuden: los amigos, subscribiéndose inmediatamente y enviándonos el importe de la suscripción, los corresponsales girando en cuanto los reciban el importe de los ejemplares que se les envían, y todos creando grupos de amigos de «COMUNISMO», que difundan la revista y hagan subscripciones para sostenerla.

Nuestro concepto de la disciplina

Las gentes de Stalin acusan a los oposicionistas de izquierda de haber infringido la disciplina comunista. Usando y abusando de una prensa nutrida, lanzan acusaciones, violentas pero falsas, contra quienes han sido capaces de elevarse contra la deformación del marxismo llevada a cabo por los actuales dirigentes de la I. C., por quienes incluyen en el programa internacional la posibilidad de edificar el socialismo en un solo país.

Mirada la cuestión desde un punto de vista simplista, parece cierto que la Oposición Comunista de Izquierda haya violado la disciplina de la I. C. Pero es necesario ver el problema en su verdadero aspecto, sin apasionamiento, para bien poder enjuiciar de parte de quien está la infracción a la disciplina comunista. Resulta absurdamente parcial cimentar una opinión sobre el particular a través de las informaciones facilitadas por la prensa comunista oficial, de la que previamente se ha excluído a todo periodista de tendencia oposicionista.

La izquierda comunista concibe la disciplina en la forma democrática que Lenin defendió siempre. Disciplina no significa, ni mucho menos, sumisión y obediencia a todo lo dictado por los elementos dirigentes de la I. C. y sus respectivas secciones nacionales, como *dirigir* una organización no es imponerse a ella de una forma dictatorial.

Disciplina, en el verdadero sentido de la frase, significa obligación de *todos* los militantes a aceptar y luchar por poner en práctica las resoluciones tomadas por la *mayoría* de los afiliados a una organización. Quien se levantase contra tales decisiones, estuviera colocado en la base o en la dirección de la organización, debía ser calificado de indisciplinado. Pero previamente ha de permitirse a todo militante exprimir sus puntos de vista, aunque a través de la discusión puedan parecer disparatados. Así entienden la disciplina los verdaderos comunistas, así la comprendía Lenin y así la interpretamos los oposicionistas de izquierda.

En lo que respecta a los dirigentes de las organizaciones comunistas, ellos deben someterse como todos a la disciplina, inspirándose para dirigir las organizaciones en las resoluciones previamente tomadas por la base, y sin olvidar que son simples funcionarios, hombres de confianza a quienes se ha dado un mandato

con arreglo al cual han de proceder y de cuya misión han de dar gestión. Es cierto que entre una y otra reunión de la organización los comités dirigentes son los encargados de velar por el mantenimiento de la disciplina comunista, pero esa misma circunstancia indica que dichos dirigentes están obligados a proceder disciplinadamente, inspirándose siempre en las resoluciones anteriormente tomadas por la mayoría de los componentes de la organización. Y si los dirigentes, usando de atribuciones que no tienen, pretenden imponer su criterio personal por encima del criterio general de la organización previamente determinado, a ellos solos corresponde la responsabilidad de los actos de indisciplina—que ya no es indisciplina por ser citados por el interés de velar por salvaguardar la autenticidad de la disciplina—que otros camaradas pudieran cometer.

Es ese, precisamente, el caso de la I. C. Congresos regulares establecieron un plan de trabajo, tomaron unas decisiones, designaron una dirección que solamente otros congresos regulares podían modificar o anular. Pero unos señores que dictatorialmente se apoderaron de la dirección de la I. C.—una vez muerto Lenin—fueron cambiándolo todo, destituyendo a todos los camaradas que no aceptaban su proceder, violando en suma todas las resoluciones de congresos anteriores. Erigiéronse entonces en defensores de una disciplina particularísimamente caprichosa, excluyendo de la I. C. a todo militante que se levantaba para defender la verdadera disciplina comunista. Desde entonces se ha metamorfoseado el concepto disciplina hasta convertirle en un verdadero fetiche, cuyo respeto es obligado para todos. La disciplina se ha convertido así en la más estúpida obediencia a todos los dictados de una dirección responsable que para nada se inspira en la voluntad manifestada de la base, que incluso se impone dictatorialmente a la base, que olvida que es el conjunto de elementos dirigentes que tienen que responder de sus actos.

La disciplina ha sido rota por la dirección, que se ha apartado de la línea trazada por congresos regulares de la I. C. Quienes, como la Oposición de Izquierda, se han «indisciplinado» para defender la auténtica disciplina encarnada en la línea justa leninista establecida en la Internacional cuando Lenin vivía aún, y de la que se han desviado los pretendidos defensores de la disciplina, no han cometido ningún error, si no es que defender la justeza política de unas decisiones previamente tomadas por la base supone un acto de indisciplina. Ha sido, pues, rota la disciplina por quienes han pretendido imponerse dictatorialmente contra la voluntad de las masas. La Oposición no ha infringido otra disciplina que la obediencia a unos señores que hacen de su «yo» un acto de organización y de su despotismo una manifestación de «disciplina».

La Oposición de izquierda ha querido defender sus concepciones dentro de la I. C., y se la ha excluído casi en su totalidad. Entonces se ha organizado como fracción, y, unidos los militantes excluídos con los que aún permanecen dentro de las organizaciones comunistas y que coinciden en su manera de pensar, realizan una labor de defensa del ideal comunista, de la propia disciplina, deformados ambos por los que aún se pretenden verdaderos leninistas. La Oposición, si actúa al margen de los Partidos oficiales, es debido a que previamente han sido excluídos sus componentes, y si publica órganos en la prensa es porque los dirigentes oficiales de la I. C. y sus secciones no permiten que la Oposición se defienda y defienda sus concepciones ante los comunistas del mundo entero. Se ha excluído a la Oposición de izquierda, se la ha acusado de ser una fracción «contrarrevolucionaria», todo en imposibilitando su defensa.

Pero el hecho que la Oposición trabaje casi exclusivamente la margen del P. oficial, de la I. C., no significa que haya constituído un nuevo Partido y una nueva I. C. Actúa al margen mientras no lo es permitido actuar en el seno de la I. C. y sus secciones. Pero desea actuar siempre en el interior de la I. C., y de una forma disciplinada. Lo único que reclama es que le permitan exponer y defender sus puntos de vista sobre todos los problemas del movimiento comunista y obrero.

La Oposición de Izquierda, lo ha dicho siempre, defiende la disciplina y la democracia comunistas; quiere que la I. C. vuelva a su cauce revolucionario. Actuando al margen de la I. C., la Oposición Comunista de Izquierda expone siempre su criterio, critica los errores de la burocracia staliniana, pero en los momentos decisivos de la acción, la Oposición estará siempre al lado del P. C., que ella trata de salvar de un fatal hundimiento.

Esa tesis internacional de la O. de I. no es una excepción para la O. C. Española. Convenía hacer estas reflexiones para evitar ciertas erróneas interpretaciones que por ahí se manifiestan acerca del significado orgánico de la Oposición de izquierda.

No somos un segundo partido, ni somos enemigos de la disciplina. Defendemos la unidad del P. y la justa política leninista; somos partidarios de la disciplina, pero no de la obediencia. Si actuamos como fracción al margen del P. es porque se nos ha excluído arbitrariamente.

FRANCISCO GARCÍA LAVID.

Madrid, Mayo de 1931.

La Conferencia de Sevilla y la Unidad Sindical

Mirada retrospectiva

La lucha por la unidad sindical revistió en España un carácter de entusiasmo apasionado, fuerte y amplio, tanto, que logró despertar el interés de la casi totalidad del proletariado español. La consigna fué aceptada no solo ya por las masas obreras organizadas en la U. G. T., C. N. T. y sindicatos autónomos, sino también por los obreros sin organizar. En ningún otro país fué tan difundida la idea unitaria; ninguna sección de la Internacional Comunista acogió con tan buena voluntad, aplicándola en su integridad y casi de una manera exagerada, la consigna de la I. S. R. y de la I. C., «todo nuestro entusiasmo por la Unidad Sindical; el 75 por 100 de nuestra actividad por la Unidad Sindical».

Un eco inmenso y prometedor de la clase obrera española respondió a nuestra consigna unitaria, cuya culminación fué coronada con el éxito, después de la valiente campaña realizada por el órgano central del P. C. de E., «La Antorcha», al ser convocada la Conferencia pro-Unidad Sindical que había de celebrarse en San Sebastián en el año 1926.

La dictadura de Primo de Rivera dió un golpe mortal a la idea de unidad al suspender repetidamente la Conferencia de San Sebastián. No puede negarse esa circunstancia. Pero, para entonces ya habían comenzado las desidencias en el seno del P. C. de E., y el Comité Ejecutivo burocrático, al cambiar la dirección de «La Antorcha», quitando de ella a camaradas competentes y entusiastas, reemplazándoles por aventureros de la política del tipo Pérez Solís y otros, cambiaba en absoluto la orientación unitaria que hasta entonces había seguido el periódico central del comunismo español. Por otro lado, el C. E. del P. C. de E. no aceptaba que unos excelentes camaradas de San Sebastián hubieran inspirado profundamente un movimiento que él no había sabido organizar, que no podía organizar desde su domicilio de París. En eso se manifestaba pujante, quizá por primera vez, la soberbia dominante de unos señores que equivocadamente se titulan comunistas, que insistentemente invocan la disciplina, pero que jamás han hecho nada, ni han tolerado hacer a otros cosa que no fuese dictada por ellos.

Coincidió con lo que dejamos apuntado la explosión de la huelga minera inglesa y sus detestables consecuencias: la huelga general inglesa, la traición de los elementos dirigentes de las Trade-Unions, muchos de los cuales pertenecían al Comité Anglorruso pro-unidad sindical, la lastimosa y pobrísima actitud de los delegados rusos en dicho Comité no sabiendo reaccionar a tiempo contra la traición de los Purcell y C.ª, y, como consecuencia final, la estrepitosa disolución del Comité Anglorruso.

La I. C. y la I. S. R. no supieron mantener una actitud digna dentro del Comité Anglorruso. Olvidaron, o fingieron olvidar, que el Comité Anglorruso no solo perseguía como fin la realización de la Unidad Sindical en abstracto,

sino que unas de las finalidades y compromisos de dicho Comité eran: lucha por la defensa de la U. R. S. S. y lucha y ayuda mutua en defensa de los intereses generales del proletariado internacional. La Unión Sindical, su realización sería la garantía que respondiese a esos propios compromisos. Luego, al traicionar a los mineros ingleses y al proletariado inglés en general, los delegados ingleses en el Comité Anglorruso rompían el compromiso adquirido destruyendo por tanto la esperanza que en ellos se tenía. Los delegados rusos, al ver que sus compañeros de Comité habían hecho traición a los intereses de la clase obrera mundial, debieron romper enseguida con los traidores y denunciarles como a tales ante el proletariado mundial. Pero no se hizo; la I. C., la I. S. R. y los sindicatos soviéticos no quisieron oir la voz de la Oposición Comunista Rusa que reclamaba la ruptura. Los delegados soviéticos continuaron en el Comité, al lado de los traidores. Cuando algún obrero minero inglés lanzaba a la cara de los dirigentes de las Trade Unions la brutal acusación—brutal, pero justa—, de *traidor*, los jefes traidores invocaban su unión con los rusos, amparándose en estos para defenderse. Se sembró así la gran confusión; nadie podía creer que los delegados tradeunionistas fuesen unos traidores y que los rusos permaneciesen a su lado. Hasta que llegó un momento en que los ingleses creyeron oportuno desembarazarse de unos aliados ya innecesarios y quizá molestos. Así se disolvió el Comité Anglorruso, por voluntad expresa de los representantes tradeunionistas.

Ese golpe fué brutal para la Unidad Sindical y el desprestigio enorme para los delegados de los sindicatos rusos que no supieron reaccionar a tiempo, que se dejaron dominar y fueron sumisos seguidores del Consejo General de las Trade Unions.

Cambio de táctica

Lenin repetía incansablemente que los marxistas revolucionarios debían estudiar lo mismo en los triunfos y aciertos que en las derrotas y errores, procurando siempre sacar útiles enseñanzas que sirvan ulteriormente para evitar nuevos fracasos. Pero los pretendidos leninistas que dirigen la I. C. han olvidado esas tan elementales, pero importantes, enseñanzas del maestro.

Al producirse el hundimiento estrepitoso, la disolución del Comité Anglorruso, los dirigentes de la I. C., sin querer reconocer los errores que dejamos apuntados, sin estudiar las causas del fracaso del Comité pro-Unidad Sindical pasaron, sin transición, de la lucha por la Unidad Sindical a la lucha indirecta contra la unidad sindical.

Ya sé que esta apreciación ha de parecer dura y brutal. Pero no podemos emplear una expresión más flexible que acierte expresar con exactitud la verdad. Lo que es necesario, no lo dudamos, es explicar esta misma apreciación nuestra, que, por lo demás, es compartida por la inmensa mayoría de la clase obrera.

No se trata simplemente de un cambio de táctica para la realización de la Unidad Sindical, lo cual sería muy digno de aplauso. La realización nos dice que el cambio ha sido radical y absoluto, de la táctica pro-unidad sindical a la táctica por la creación de organizaciones de partidarios de la I. S. R., táctica que, realizada con arreglo a la máxima «cueste lo que cueste y por encima de todo», destruirá fatalmente las organizaciones sindicales, dividiéndolas sistemáticamente.

Si enfocamos el problema desde el punto de vista internacional, vemos que después de disuelto el Comité Anglorruso se creó una especie de Comité Anglofinlandésnoruego, que solo existió en la letra y durante muy poco tiempo. Ese corto periodo fué lo que pudiéramos calificar de agonía de la lucha por la Unidad Sindical.

De la misma manera que no se supo reaccionar contra la traición del Consejo General de las Trade-Un'ons, la I. C. y la I. S. R. se manifestaron absolutamente incapaces de encauzar a las masas ilusionadas con la idea de la Unidad Sindical. Debió procederse inmediatamente a una gran labor de clasificación y explicación ante la base de las organizaciones obreras de los motivos que habían producido la disolución del Comité Anglorruso. Pero eso implicab , naturalmente, el noble reconocimiento de los enormes errores cometidos por los representantes soviéticos en dicho Comité. Para la burocracia staliniana que se considera infalible—a pesar de su absurda y carnavalesca concepción de la «Autocrítica»—no era cómodo reconocer sus errores noblemente ante los obreros del mundo entero. No sin cierta razón consideraban que ello encarnaba un serio peligro. Sin embargo, puesto que los errores cometidos eran innegables, hubiera sido más noble, más proletario y de muchísimo menos fatales consecuencias reconocer la verdad y proponer el remedio adecuado. Al proletariado inglés se le planteaba el problema de nombrar representantes más seguros y honrados que los hasta entonces designados; los rusos también debían renovar su representación que tan serios errores había cometido; la soberbia staliniana no quiso aceptar esta fórmula. Las masas obreras del mundo entero no han sabido aún con exactitud la verdad de lo ocurrido en el Comité Anglorruso; los trabajadores que depositaron su confianza en el Comité Anglorruso no aciertan a comprender —porque nadie se lo ha explicado—el cambio de táctica operado.

En el caso concreto de España la confusión es mucho más terrible que en otros países. En Francia, por ejemplo, la prensa obrera ha hablado, aunque de una manera vaga y confusa, de la disolución del Comité Anglorruso. Pero en España, en el país que más entusiasmo despertara la idea de la Unidad Sindical, nadie ha explicado nada, ni ha dicho nada sobre el Comité mencionado y sobre el brusco cambio de táctica que nos ha conducido a la situación presente.

La Conferencia de Sevilla y el «Comité de Reconstrucción»

Los dirigentes del P. C. de E., aparte su inhabilidad habitual para plantear y resolver los problemas del movimiento obrero español, han pecado esta vez de inoportunos. Se daba en España la circunstancia de estar totalmente desorganizada la C. N. T., lo cual era un elemento muy favorable y excepcional para la aplicación de la política sindical de la I. C. Pero esa circunstancia se daba sola y exclusivamente antes de ser emprendida la reorganización de la C. N. T. por los elementos anarcosindicalistas—en realidad los mismos elementos que declararon disuelto dicho organismo al producirse el golpe de Estado de Primo de Rivera—, antes de comenzar el mes de marzo de 1930. Entonces tenía tanto o más derecho, e incluso el deber, de reorganizar la Confederación el Sindicato del Transporte de Sevilla que los anarcosindicalistas de la antigua dirección de la C. N. T. Hasta podemos decir que el antiguo Comité que declaró disuelta la C. N. T. no tenía ninguna autoridad para proclamarse campeón de la reorganización y que usurpó unos poderes que nadie le había dado. Pero tuvo el gran acierto de anticiparse a todos los demás sectores del movimiento sindical lanzándose el primero, en el mes de marzo de 1930, a la reorganización de la C. N. T.

En el mes de junio, cuando la Conferencia de Reconstrucción de Sevilla fué convocada, la C. N. T. de España volvía a ser nuevamente un potente organismo sindical agrupando *más de trescientos mil afiliados*. Y la reorganización había sido hecha por un Comité usurpador de poderes, sin la menor

participación de los elementos dirigentes del P. C. de E. e incluso tropezando con la hostilidad sistemática de los organizadores de la Conferencia de Sevilla. No solo no se quiso reconocer ese hecho importantísimo de la reorganización verdadera de la C. N. T., sino que se fué contra él persistiendo en la llamada necesidad de la Conferencia de Sevilla. Esto favoreció considerablemente a los elementos anarcosindicalistas, a ellos, que desprestigiados por su censurable actuación durante la dictadura, sin principios y sin una justa política sindical eran mirados con recelo por el grueso de las fuerzas obreras revolucionarias de España. Los organizadores de la Conferencia de Sevilla, al mismo tiempo que se manifestaban como verdaderos escisionistas de las organizaciones sindicales dejaban el campo totalmente libre a los dirigentes anarcosindicalistas de la C. N. T. para denunciar ante las masas lo que ellos llamaban, y no sin cierta razón, «manejos escisionistas de los comunistas». Solos, con una C. N. T. reorganizada por ellos mismos, los anarcosindicalistas lograron reconquistar su perdida influencia en el seno de la clase obrera española.

Los organizadores de la Conferencia de Sevilla olvidaron las enseñanzas de Lenin, aunque llamándose comunistas; olvidaron que el maestro defendía la necesidad de actuar entre las masas, donde quiera que ellas estén, y no al margen de ellas. El deber de los comunistas consistía en actuar en los sindicatos reorganizados por los anarcosindicalistas, ya que ellos no habían sabido organizarlos; enfrentar la táctica sindical revolucionaria de los comunistas con la ayer aventurera y hoy oportunista y reformista de los dirigentes sin principios de la C. N. T. Había que cambiar de táctica sindical defendiendo la unidad sindical sobre la base de la C. N. T. Era preciso hablar a la clase obrera revolucionaria, decirla que después del desastre del Comité Anglorruso y la traición de las gentes de Amsterdam, la Unidad Sindical en España no podía hacerse fusionando la U. G. T. y la C. N. T. Los jefes traidores se opondrían; Largo Caballero excluiría de la U. G. T. a todos los obreros revolucionarios antes que aceptar la unidad. Era preciso decirlo muy claro que la Unidad Sindical revolucionaria podía y debía hacerse sobre la base de la C. N. T., luchando en todas las organizaciones obreras, en su base, fuesen de la U. G. T., de la C. N. T. o autónomas, por incorporarlas a dicho organismo. Debía lucharse en el seno de la C. N. T. por orientar este organismo en sentido francamente revolucionario y de lucha de clases. Las masas, al contrastar las ideas y la táctica comunistas con las anarcosindicalistas, habían de elegir. ¿No hemos dicho y estamos persuadidos que nuestra táctica es la justa? ¿Por qué entonces no ir a defenderla «entre las masas», como preconizaba Lenin? Se tuvo miedo a la discusión —por parte de los burócratas dirigentes del P. C. de E.—; se olvidaron los intereses generales de la clase obrera; se puso la mirada en satisfacer unos intereses muy partidistas— pero nada comunistas—, y se fué con los ojos cerrados a la Conferencia de Reconstrucción de Sevilla.

¿Por que *de Reconstrucción* si la C. N. T. ya estaba reconstruída? Y aún se creó un Comité de Reconstrucción que se ha permitido hablar en nombre «de la auténtica C. N. T. de España». Lo ha hecho en la prensa comunista de Francia y en el órgano de la I. S. R. El propio Comité Ejecutivo de la I. S. R., informado por el «Comité de Reconstrucción», al mismo tiempo que dice que no tratan de escindir el movimiento sindical español nos endilga que la auténtica C. N. T. es la representada por dicho Comité de Reconstrucción.

La realidad nos dice que el tal Comité no es otra cosa que un aborto calamitoso del intento de crear una nueva Central Sindical en España. Y eso es criminal, doblemente criminal, porque con ese intento, que se trata de ocultar hipócritamente hablando de la Unidad a todo pasto, aparte que se fracciona el movimiento sindical se deja a los anarcosindicalistas el campo ampliamente libre para conducir el movimiento obrero en medio de la más absoluta desorientación.

La Conferencia de Sevilla ha sido un fracaso ruidoso para el P. C. de E. y para la política sindical del «tercer periodo». En el Comité de Reconstrucción solo quedan los obreros del transporte de Sevilla y algunos pocos grupos diseminados por Andalucía. Pero el fracaso no es de ahora sino del primer momento inicial de dicha Conferencia. Todo fué falso y artificial en ella. Veamos un ejemplo: Los delegados de los grupos sindicales de Madrid fueron designados por el C. E. del Partido Comunista, sin la menor intervención, sin siquiera consultar a los propios grupos que habían de representar. Aquellos grupos sindicales de Madrid que estuvieron «representados» por decreto y por obra y gracia del C. E. del P. C. de E. están hoy resueltamente contra el Comité de Reconstrucción.

La posición de «La Batalla», órgano de la Federación Comunista Catalano - Balear

Hay que reconocer que «La Batalla» ha hecho demasiados equilibrios sobre la cuestión de la Conferencia de Sevilla para llegar a la conclusión un tanto cínica de decir: «Nosotros condenamos enérgicamente, y lo condenamos sin reserva desde el primer momento, el intento de escisión de los «reconstructores sevillanos». Así habla ahora «La Batalla». Pero olvida que no es cierto que lo hayan condenado *siempre*. Veamos lo que dice el núm. 4 de «La Batalla», correspondiente al 13 de Junio de 1930: «La iniciativa del Sindicato del Puerto de Sevilla está perfectamente fundada». Y luego: «Ni el Sindicato del Puerto de Sevilla pretende crear una nueva Confederación, ni los comunistas preconizamos una escisión sindical». A continuación: «El Sindicato del Puerto de Sevilla y todos los sindicatos de España tienen, no ya derecho, sino el deber de plantear esas y otras cuestiones (sobre la táctica. H. L.), al proceder a la reconstitución de la C. N. T.» Todo eso y más era dicho por «La Batalla» el día 13 de Junio, muy pocos días antes de la Conferencia de Sevilla (convocada para el 24 de Junio de 1930). Pero entonces hablaba aún el órgano de una fracción que aspiraba a conquistar fácilmente la dirección del P. C. de E. y que quería estar en buena armonía con la burocracia de la I. C. Luego no ha sido una reflexión serena y madura lo que ha producido la evolución en el cambio de posición de «La Batalla», cosa que sería muy digna de todo aplauso, sino que el cambio se ha producido gradualmente y de una manera paralela a la pérdida de la confianza en lograr la dirección del P. C. de E., en la medida que la I. C. desautorizaba a los hoy llamados «batallistas». De todo eso lo más sorprendente es el cinismo de «La Batalla» cuando afirma que ellos nunca compartieron el criterio de los organizadores de la Conferencia de Sevilla. Ya hemos visto que «La Batalla» se encarga de demostrar todo lo contrario, poniendo de manifiesto la falta de memoria de los redactores de «La Batalla». Claro que eso encarna un serio peligro, y es el de que puede engañar a muchos obreros que no recuerden o que no hayan leído lo que dijo «La Batalla» hace casi un año.

Vemos, pues, que «La Batalla» tampoco está ya de acuerdo con la famosa y desastrosa Conferencia de Sevilla y que el Comité de Reconstrucción no es ni representa absolutamente nada.

Conclusión

Casi no es necesario señalar que el mal no proviene simplemente de la aplicación de una política sindical errónea peculiar del C. E. del P. C. de E. Este es el ejecutor de las decisiones tomadas casi exclusivamente entre burócratas dirigentes de la I. C. El C. E. del P. C. de E. se excede quizá en las

atribuciones que la I. C. le encomienda, e interpreta bastante caprichosamente la política de la I. C. No puede negarse que el C. E. del P. C. de E. informa tendenciosa y embusteramente a la I. C. de los resultados alcanzados por medio de la política sindical, exagerando los resultados positivos—si los hay—o inventándolos, e incluso dando como éxitos los fracasos tan ruidosos como la Conferencia de Sevilla. Pero no hay que olvidar que el origen de todo está en la falsa y catastrófica orientación sindical de la I. C.

El C. E. de la I. C., aprobando íntegramente al C. E. del P. C. de E., se hace responsable de todos sus errores y nos da plena confirmación de todo lo expuesto más arriba. Podrá decirse que eso obedece en parte a la política de engaño y falsas informaciones que el Ejecutivo del P. C. de E. realiza con respecto a la I. C., lo cual sería tan estúpido como creer que los dirigentes de la I. C. son unos perfectos tontos y ciegos. Además, se ha ya informado de todo eso a la I. C. en informes, tesis, documentos y cartas, sin que el C. E. de la I. C. hayan tomado la menor medida para corregir todos los males que dejamos señalados. Está plenamente demostrado que la I. C. se ha separado de la orientación dada por Lenin al comunismo mundial. Entre esas desviaciones generales de la línea leninista está, no hay que dudarlo, la concerniente al problema sindical que nos ocupa y que, en España, tan nefastos resultados ha producido para el P. C. de E.

Solamente el retorno a la justa política leninista, el reconocimiento y estudio de todos los errores cometidos, acompañado de un serio trabajo «entre las masas», podrá restablecer el prestigio perdido del P. C. de E. y el de la I. C. en general.

HENRI LACROIX.

Madrid, Mayo de 1931.

NOTAS Y COMENTARIOS

Supernacionalismo comunista

El problema nacional catalán y la lucha política contra el aventurerismo del Comité ejecutivo del Partido Comunista español, han conducido a ciertas posiciones confusas los camaradas que dirigen la Federación comunista Catalanobalear y que redactan *La Batalla*. El rigor de la polémica y la hostilidad de fracción les ha apartado de la verdadera teoría marxista al hacer ciertas apreciaciones de caracter político. Y su posición ante el problema catalán les ha conducido, no queremos creer que conscientemente, a formular una teoría que podrìamos calificar de supernacionalismo comunista.

En la «carta abierta» dirigida al C. E. de la I. C., y publicada en *La Batalla,* leemos, entre otros, el siguiente párrafo: «La dirección del partido oficial no ha hecho nada absolutamente para crear en Vasconia, en Galicia y en Andalucía un movimiento de independencia nacional intimamente ligado a la clase obrera revolucionaria». Y a continuación agrega: «Nosotros somos ardientemente partidarios de la independencia de Cataluña, de la de Vizcaya, de la de Galicia, de la de Andalucía, etc. (Indudablemente en este etcétera están comprendidas Asturias, Levante, Castilla, Extremadura y la Rioja. N. de R.) La burguesía no ha podido hacer la unidad ibérica. Ha mantenido la cohesión mediante un régimen de opresión constante. España, que no es una nación, sino un Estado opresor, debe ser disgregada».

Nosotros suponemos que a estas horas los camaradas de *La Batalla* deben estar arrepentidos de haberse hecho intérpretes de esta nueva teoría del supernacionalismo comunista. La cuestión nacional y la posición ante ella de los marxistasleninistas, no puede, ni mucho menos, consistir en crear artificialmente movimientos nacionales en Andalucía y La Rioja.

Deshonestidad staliniana

Todos nuestros lectores saben, seguramente, que del magnífico folleto de nuestro querido camarada León Trotsky sobre la revolución española, se han hecho dos ediciones en español: una de la editorial «Teivos» y otra de Andrés Nin. Pero queremos descubrir lo sucedido con la edición «Teivos», para que los camaradas se den cuenta de la falta de honestidad característica de los stalinianos.

La editorial «Teivos» está inspirada por stalinianos puros 100 por 100. Todos sus folletos «están en la línea». Cuentan con la aprobación del Sumo Pontífice de la Tercera Internacional. Pero, por lo visto, la prosa indigesta de Stalin y sus discípulos no tiene gran aceptación en España. El caso es que los directores de «Teivos», al publicarse en *La Verité* el folleto de Trotsky, decidieron por una vez salirse de la línea y editar el trabajo. Y así lo hicieron, pero... Hay varios *peros* que hacer. Nuestros árbitros solemnes del comunismo lo editaron suprimiendo todos los ataques contra la dirección del partido, con un prólogo desnaturalizando el verdadero alcance político del trabajo y... sin pagar los derechos de autor. El folleto se agotó en menos de un mes y nuestros puros stalinianos hicieron su negocio aprovechando la prosa de un «contrarrevolucionario», al que no pagaron sus derechos de autor, a pesar de que vive exclusivamente de su trabajo.

Pero aún falta lo mejor de este caso típico de deshonestidad staliniana. Indudablemente, a la editorial «Teivos» se la hace pasar en Moscú por una editorial del partido. El hecho de haber publicado en la colección un trabajo de Trotsky era ganarse la excomunión, si es que no también algo más práctico. Hubo gran marejada en los medios dirigentes stalinianos madrileños. Por fin se halló la fórmula: no enviar ningún ejemplar del folleto de Trotsky a Moscú y suprimir su titulo en la lista de obras de dicha editorial. Hecho el negocio, se podía acudir a este truco facilmente. Y así ha sucedido. Los lectores de los folletos de «Teivos» podrán por sus propios ojos apreciar como en los trabajos publicados poste-

riormente por dicha empresa se ha suprimido de la lista de obras publicadas el folleto de Trotsky.

Claro que esto no les impedirá seguir en lo sucesivo dando a todo dios patentes de moralidad, comunismo y revolucionarismo.

Un aborto organizativo más

Entre las organizaciones de entreayuda que la Internacional Comunista ha fomentado en todos los países, se encuentra el Socorro Obrero Internacional. Este organismo mundial ha adquirido en algunos países un extraordinario desarrollo y realiza una meritoria labor en favor del proletariado, cuando éste es víctima de conflictos sociales o de catástrofes naturales. Ya se intentó la fundación del S. O. I. en 1923, para cuya organización fué delegado el camarada Dino Tranquilli, que no pudo llevar a cabo su cometido porque al poco tiempo era detenido y expulsado de España.

Actualmente el Comité Internacional de esta organización ha creído conveniente intentar la creación de la sección española. Y para llevar a cabo los trabajos delegó en un representante extranjero, modelo de cretinismo burocrático staliniano. El S. O. francés recomendó a este staliniano a un camarada español, modesto pero de gran seriedad, para que se encargase de los trabajos en España y ocupase la secretaría. Pero por lo visto no habían contado con la voracidad burocrática del Comité ejecutivo español. Enterarse éste de que había una secretaría permanente y reclamarla a voz en grito para uno de los suyos que estuviere «en la línea», todo fué uno. Y nada difícil fué decidir en este sentido al delegado internacional.

He aquí que el S. O. I., sección española, ya está desempeñada por un individuo que está en la más pura línea staliniana, lo mismo que hace siete meses estaba en la más pura línea social demócrata. No hay que ser muy sagaz para comprender la conclusión de la sección española del S. O. I.: un aborto organizativo más.

Peri, Doriot y Majorsky en España

Los últimos acontecimientos políticos de España han dado lugar a que una nube de delegados comunistas extranjeros y de reporteros stalinianos visitasen nuestro país. Entre los numerosos visitantes que hemos tenido, señalaremos únicamente la presencia de Peri, el redactor de política extranjera de «L' Humanité» (¡cómo há degenerado el órgano del proletariado francés!), Doriot, el que siempre, siempre está en la línea, aunque ahora no se sepa en qué línea está, y Majorsky, hombre de confianza de Stalin en los países de Europa occidental.

Pero con ser ya de por sí muy interesante su visita, no ha sido nada si se compara con lo que han escrito acerca de España. Los artículos del pobre Peri en «L' Humanité» han sido un modelo de cretinismo. ¡La de cosas que ha visto nuestro hombre en Sevilla! Con la mano puesta sobre el corazón juramos que jamás hemos leído tantas mentiras juntas en tan pocas líneas. Pues, ¿y qué decir de Majorsky? Con decir que ha afirmado muy solemnemente que España está en plena fase superior del capitalismo, esto es, en la etapa imperialista, está dicho todo. Claro que para hacer esta afirmación el hombre ha bebido en buenas fuentes, según él mismo asegura; se ha documentado en los artículos publicados en el «Mundo Gráfico» por Cristobal de Castro.

De Doriot no hemos leído nada suyo hasta ahora; acerca de España, en la Prensa comunista internacional. Pero todavía no hemos dejado de preguntarnos cómo a un hombre al que la dirección del partido francés y de la I. C. califican de contrarrevolucionario, menchevique y derechista ha podido ser delegado para señalar la línea staliniana que el partido español debe seguir. Nosotros no pudimos verle, como tampoco lo consiguieron otros camaradas. De haber podido conversar con él le hubiéramos pedido nos aclarase la cuestión, y hubiéramos aprovechado la oportunidad para preguntarle también qué ha sido de aquel lugarteniente suyo llamado Jourbet, que en el año 1924 provocó la gran crisis del partido con su célebre plan de apoyo a Abd-el-Krim, y que después ha sido descubierto por el partido francés como un agente de la Prefectura de París.

REVISTA DE LIBROS

G. Grinko: «El plan quinquenal de los Soviets». Editorial Cenit, Madrid. 332 páginas, 7 pesetas.

El plan quinquenal se ha convertido en un argumento con el cual los stalinianos creen poder aplastar a los oposicionistas de izquierda. «¿Negáis la posibilidad de construír el socialismo en un solo país? ¿Y el plan quinquenal, no es una posibilidad de ello?» La mayor parte de los que hablan así ignoran lo más elemental de la cuestión. La obra de Grinko, uno de los técnicos que han participado en la elaboración del plan, es un libro de propaganda para facilitar armas a los stalinianos. Pero esta obra, absolutamente insuficiente, en la que las cuestiones económicas son abordadas desde un punto de vista abstracto de técnico puro, y las cuestiones sociales y políticas con un espíritu de conformismo burocrático absoluto, no es la más a propósito para desarmar a los oposicionistas de izquierda.

Grinko comienza por silenciar las cuestiones esenciales de las luchas llevadas a cabo por la oposición de izquierda en torno a la elaboración del plan quinquenal. Los comunistas de occidente deben saber que no ha habido solo un plan quinquenal, sino dos. Un primer plan quinquenal fué elaborado en 1927 para el ejercicio de octubre de 1926 a septiembre de 1927, durante el periodo del bloque centro derecha y del ataque a la izquierda. Este plan fué sometido a una crítica impiadable por parte de la oposición, que combatió principalmente la insuficiencia de los créditos previstos para la industrialización. La oposición reclamaba entonces que los créditos presupuestarios alcanzasen en cinco años de 500 a mil millones por año; un empréstito forzoso de 150 millones de *puds* sobre el kulak; un impuesto de 150 a 200 millones de rublos sobre los beneficios del capital privado; una disminución de los gastos improductivos, principalmente de la burocracia; la supresión rápida del monopolio del vodka por el Estado, que al minar el organismo obrero mina también las bases de la producción socialista; la baja de los precios al por mayor y al detall para evitar así la diferencia entre los precios de los productos industriales y los agrícolas, y un mejoramiento del nivel de vida de la clase trabajadora. La oposición no presentaba estas críticas y estas exigencias con un espíritu demagógico, sino con el deseo único de consolidar las bases de la dictadura del proletariado.

No se puede decir lo mismo del segundo plan quinquenal elaborado por el centrismo durante el periodo de zig-zags de izquierda, que ya ha terminado. Al «socialismo a paso de tortuga», fórmula del bloque centroderecha y del oportunismo, sucedió el «socialismo a todo vapor», fórmula del bloque centroizquierda y del aventurerismo, que acaba de estrellarse en las locuras de los ritmos decuplicados de industrialización y de la colectivización a ultranza. El segundo plan quinquenal para 1928-33 fué adoptado en abril de 1929, en el 16 congreso del partido.

La presión de las críticas justas de la oposición, vencida administrativamente pero no ideológicamente, juntamente con las dificultades económicas le dió una orientación completamente diferente que la del plan precedente. Se dice por algunos que Stalin con el nuevo plan quinquenal ha derrotado a la oposición de izquierda sobre su propio terreno de la industrialización. En

realidad esto es solo un sofisma. Se comienza por atribuir a la oposición de izquierda la caricatura que hicieron Stalin y consortes de su propio punto de vista (retorno al comunismo de guerra, ruptura de la alianza entre la ciudad y el campo, perspectivas demagógicas de superindustrialización sin indicación concreta sobre las posibilidades del finanzamiento), caricatura que Stalin y sus amigos parece que se esforzaron por hacer pasar a la práctica con todas sus consecuencias desastrosas en 1929-30, y se termina diciendo: «Stalin aplica la política del trotskysmo». Stalin hubiera derrotado a la oposición de izquierda sobre su propio terreno sino se tratara más que de un record de columnas estadísticas en las que el pasado, el presente y el futuro se mezclen inextrincablemente. De hecho, se trata de una cosa completamente diferente. La política económica de Stalin durante el periodo del bloque centroizquierda continúa teniendo como eje la utopía de la realización del socialismo en un solo país. El nuevo plan quinquenal no tiene otro fin.

El objetivo del plan quinquenal para los stalinianos es «superar a los países capitalistas más avanzados». Los stalinianos están persuadidos de que la Unión Soviética debe derrotar al capitalismo sobre su propio terreno, que el socialismo se implantará en el universo cuando uno de los dos sistemas, soviético o yanqui, mediante su coexistencia pacífica, haya probado su superioridad económica sobre el otro, como si no se tratara de dos sistemas cualitativamente distintos. A esta fórmula equivocada de nacionalismo económico, la oposición de izquierda opone una fórmula precisa: «reducir el desajuste de las *tijeras* entre los precios interiores de la Rusia soviética y los precios mundiales. No se trata de un combate de boxeo entre la economía soviética y la economía yanqui para el volumen cuantitativo de la producción, sino de una lucha entre la burguesía mundial y el proletariado. Como una política económica socialista se define por su objetivo, la cuestión de la baja de los precios es la que debe ser puesta en primer plano.

A la cuestión de las *tijeras* entre los precios interiores y exteriores de la Unión Soviética está íntimamente ligada la de las *tijeras* entre los precios de los productos industriales y los precios de los productos agrícolas, cuestión que ha sido planteada, desde 1929, por la oposición de izquierda. La discrepancia entre la ciudad y el campo soviético reside en el hecho de que, a cualidad frecuentemente inferior, la industria soviética no puede ceder sus productos al campo más que a precios superiores a los del mercado mundial. La política de industrialización tiene por objeto principal reducir esta diferencia, partiendo de la base de consolidar esta alianza entre la ciudad y el campo. Grinko ignora por completo este problema de las *tijeras*, que, por otra parte, ha sido calificado por el «teórico» Stalin de «prejuicio burgués».

Muchas más objecciones se nos ocurre hacer al libro del burócrata Grinko. Pero preferimos volver a ocuparnos en otra ocasión de él.

A.

REVISTA DE REVISTAS

«*La Lutte de Classes*». En el número 28-29 de esta gran revista, órgano teórico de la Oposición Comunista de Izquierda Internacional, se insertan los siguientes interesantes artículos: «Los problemas del momento revolucionario indochino», por F. Gerard; «Ensayo sobre el movimiento de la juventud obrera», por D. Levine; «La crisis económica y sus repercusiones», por P. Naville; «Cartas de Moscú: carta de un sindicado sobre el proceso del partido industrial, y carta de un oposicionista deportado; «Ensayo de un analisis de la situación del Brasil», por Lyon y Gamboa; «La orientación de la crisis económica en los Estados Unidos», por A. Glotzer; «El comité de reconstrucción de la C. N. T. de España», por H.

Lacroix; «Prologo a la plataforma de la oposición rusa», por A. Nin; «El pacto naval franco-italiano», por P. Sizoff, etc., etc.

«*Boletín de la Oposición Comunista Italiana*». Hemos recibido el primer número de esta interesante publicación de los camaradas oposicionistas italianos, cuyo contenido es el siguiente: «El porqué del Boletín», «Un largo balance a aparecer»; «En la sección italiana del S. R. I.»; «Una carta del camarada Santini a la «Bataglie Sindicali»; Carnet de la oposición»; «Contribución al estudio de la cuestión meridional»; «¿Partido de la clase obrera o partido de campesinos?»; «La revolución popular renace en Alemania»; «La Concentración antifascista y el acuerdo naval», por M. Feroci, etc., etc.

«*Claridad*». El último número de este boletín de la oposición comunista mejicana contiene el siguiente sumario: «Lenin vive en la lucha de la oposición»; «El Congreso agrarista de Puebla»; «Julio A. Mella»; «Hacia el marzo español»; «El caso de Francesco Chezzi»; etc., etc.

«*Boletín Internacional de la Oposición Comunista*». El número de esta publicación está enteramente dedicado a la «carta abierta» que el camarada León Trotsky dirige a todas las secciones de la izquierda internacional acerca de la crisis de la oposición de izquierda alemana.

LIBROS RECIBIDOS

Max Beer: Histoire general du socialisme et des luttes sociales» (Les Revues, 12 francos cada tomo); G. Gaufrier: «Bagnes d'Afrique», Bureau d'Editions, 4 francos; Bourgeois: «Faubourgs (Editions Sociales Internationales, 15 francos); Servet et Bouton: «La trahison socialiste de 1914» (Bureau d'Editions, 6 francos); «Le procès du parti industriel de Moscou» (Bureau d Editions, 12 francos); Lenine: Oeuvres completes. Tomo X. (Editions Sociales Internationales, 60 francos) L. Laurat: L'economie sovietique» (K Valois, 15 francos); Trotsky: «La revolución permanente» (Cenit, 5 pesetas); Trotsky: «De octubre rojo a mi destierro» (Zeus, 5 pesetas); Laurat: «La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo» (Ediciones Hoy, 5 pesetas.) Rosa Luxemburgo: ¿Reforma o revolución? (Teivos, 4 pesetas).

Obras de León Trotsky publicadas en español y cuya lectura recomendamos a nuestros lectores

«El triunfo del bolchevismo» (4 pesetas)

«Terrorismo y comunismo» (4 pesetas)

«Literatura y revolución» (5 pesetas)

«La situación real de Rusia» (5 pesetas)

«La revolución desfigurada» (5 pesetas)

«Mis peripecias en España» (5 pesetas)

«Mi vida» (18 pesetas)

«El gran organizador de derrotas» (6 pesetas)

«Nuevo rumbo. ¿A dónde va Rusia?» (5 pesetas)

«Cómo hicimos la revolución de Octubre» (2 pesetas)

«Lenin» (5 pesetas)

«¿A dónde va Inglaterra?» (5 pesetas)

«Plataforma de la oposición» (5 pesetas)

La Administración de «COMUNISMO» sirve todas estas obras previo pago anticipado o reembolso.

UN FOLLETO DE PALPITANTE ACTUALIDAD

LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Y

LA TÁCTICA DE LOS COMUNISTAS

Por León Trotsky

50 céntimos

(Traducción y prólogo de Andrés Nin)

Capítulos que contiene:

I.—*La vieja España.*—II. *El ejército español y la política.*—III. *El proletariado español y la nueva revolución.*—IV. *El programa de la revolución.*—V. *Comunismo, anarcosindicalismo, social democracia.*—VI. *Junta revolucionaria y partido.*

Trotsky, el gran estratega de la revolución, el compañero de armas de Lenin, acude con este folleto en auxilio del proletariado español, y poniendo a contribución su riquísima experiencia y su genio político le señala el camino a seguir. Este folleto es en este sentido un verdadero acontecimiento, un presente magnífico para los trabajadores españoles.

Pueden solicitar ejemplares de este folleto a la Administración de «COMUNISMO», previo pago anticipado.